

C. E. P. I.



CIRCULO DE ESCRITORES Y POETAS
IBEROAMERICANOS DE NUEVA YORK



LIBRO OFICIAL DE LOS

**I JUEGOS FLORALES
DE NUEVA YORK
1954**



Nueva York

1955

I N D I C E

	<i>Páginas</i>
<i>Nuestro propósito</i> , por el Presidente, Prof. Jesús de Galíndez	1
Datos sobre el Concurso Literario	6
Convocatoria y Bases.—Trabajos presentados.—Composición de los Jurados.—Fallo especial sobre la Flor Natural.—Relación completa de trabajos y autores galardonados.	
Datos sobre el Reinado de la Poesía	10
Convocatoria y Bases.—Sociedades y señoritas que participaron. Escrutinio y proclamación de la Reina.—Reina de la Poesía y Corte del Amor.	
Acto Oficial de los Juegos Florales en <i>Columbia University</i>	13
<i>Discurso del Mantenedor Oficial</i> , Hon. Benjamín Cohen	15
Composiciones galardonadas en el Apartado I:	
Menciones Honoríficas a la Flor Natural:	
“ <i>Similitud</i> ”, de Beatriz Arango-Vélez	19
“ <i>Viento</i> ”, de Clemente Soto Vélez	19
“ <i>Visiones de la guerra</i> ”, de Gregorio Kobisher	21
Composiciones galardonadas en el Apartado II:	
Premio al mejor Soneto:	
“ <i>La palabra de aliento</i> ”, de J. Texier de Unda	27
Menciones Honoríficas:	
“ <i>El mar</i> ”, de Juan Avilés	28
“ <i>Saudade</i> ”, de Raziél de Lugo	29
Composiciones galardonadas en el Apartado III:	
Premio a la mejor Poesía Amorosa:	
“ <i>Paso al amor</i> ”, de Juan Avilés	30

Menciones Honoríficas:	
"Ramonita", de Pedro Carrasquillo	33
"Entre madrigales", de Emilio A. Morel	36
"Espera de la amada ausente", de Sulpicio A. Reyes	37
"Ambición", de Joaquín Carranza	38
Composiciones galardonadas en el Apartado IV:	
Premio a la mejor Narración breve en prosa:	
"La salamandra de cristal", de Antonio Max Batista	39
Menciones Honoríficas:	
"Un centavo de sol para su alma", de Raúl González de Cascorro	44
"Nuestro Señor Don Tabaco", de Alvaro Naranjo	51
"La abuelita", de Tomás Santana	60
Composiciones galardonadas en el Apartado V:	
Menciones Honoríficas al Ensayo:	
"Filosofía del progreso", de Alberto Sayán de Vidaurre	64
"Las pasiones en algunos de sus múltiples aspectos", de Mercedes Luque	75
Datos sobre el Gran Baile de Gala	84
Comisión Organizadora de los I Juegos Florales de Nueva York, Colaboradores y Donantes	85
Presidente de la Comisión y del CEPI; otros miembros de la Directiva en 1954; anteriores Presidentes del CEPI.—Personas que colaboraron en el Comité de Protocolo y Festejos; en la publicidad; Entidades que colaboraron con el CEPI.—; Entidades y personas que contribuyeron donativos.	

NUESTRO PROPOSITO ...

Por Jesús de Galíndez

(Presidente del CEPI y de la Comisión Organizadora)

Nueva York se ha convertido en una de las ciudades "hispanas" más importantes del mundo; se calculan en más de 600,000 sus habitantes de habla española, y es normal suponer que para 1960 alcancen el millón; solamente los puertorriqueños suman ya 450,000, y están llegando últimamente con un ritmo anual superior a 60,000. En muchos barrios de la ciudad sus calles parecen arrancadas de cualquier país tropical; cada año se abren más cines hispanos; hay programas regulares de radio en español, y ha comenzado uno de televisión; los periódicos y revistas hispanos se encuentran en casi todos los puestos de venta pública.

Superadas las primeras dificultades de toda inmigración, esa sociedad newyorkina de habla española se va sedimentando y organizando. Sociedades de beneficencia y sociedades recreativas proporcionan el calor colectivo que supere la frialdad de un medio originalmente ajeno. Los españoles se adelantaron con su afamada sociedad de socorros mutuos "La Nacional", la dinámica Casa Galicia de Unidad Gallega, y otras variadas; la gran masa de puertorriqueños cuenta con un prestigioso Instituto de Puerto Rico de tipo cultural, y está multiplicando los clubs sociales y otras entidades en todos los barrios; los hay mexicanos, cubanos, dominicanos, ecuatorianos, peruanos, chilenos . . . y existen también un Centro Vasco-Americano y otro Yucateco, algunos muy locales, y bastantes polinacionales.

El Círculo de Escritores y Poetas Ibero-Americanos vino a llenar una necesidad espiritual en la aridez de nuestra vida diaria, en la vorágine del subterráneo, en la línea austera de los rascacielos que impiden ver la luna para soñar. Porque en Nueva York hay también poetas, hay también ensayistas, hay también literatos; y quienes, sin serlo, gustan de saborear una tertulia en que la camaradería alegre la dignidad.

El CEPI, anagrama popularizado de nuestro Círculo, fué creado hace unos cinco años. Todavía somos un poco bohemios trashumantes, que levantan sus tiendas literarias en la hospitalidad quincenal de un hogar familiar, de un club de barriada; y de vez en cuando llaman a todos los hispanos cultos de Nueva York hacia la sala de un recital o conferencia. Nuestra aspiración inmediata es llegar a la creación de un hogar literario permanente, donde los hispanos newyorkinos amantes de las letras encuentren eco y aliento para sus creaciones, y los hispanos del mundo entero que cruzan por esta encrucijada de rutas hallen el oasis donde intercambiar inquietudes y logros culturales.

Hasta hace pocas décadas, París fué la capital cultural del mundo hispanoamericano; en sus tertulias se encontraron hombres de países alejados, y se dieron a conocer literatos que hoy pertenecen al acervo de la literatura universal. Nueva York está adquiriendo ahora esa calidad neurálgica para los hispanos trotamundos; y no todos ellos se contentan con cerrar un negocio o pasear por la Quinta Avenida. El CEPI era una necesidad para los hispanos de Nueva York, pero puede ser también un foco hacia el que converjan las rutas literarias de muchos países sin olvidar a la propia España.

Tras unos años de tanteos y esfuerzos, este año de 1954 nos creímos suficientemente maduros ya para intentar una empresa de mayor envergadura; y lanzamos la convocatoria para nuestros I Juegos Florales de Nueva York. No ha sido el primer Concurso Literario en español de nuestra ciudad; hace una treintena de años el diario "La Prensa" patrocinó uno importante, varios otros han sido los de tipo modesto. Y siguiendo la tradición universal de los Juegos Florales, los catalanes se adelantaron hace tres años montando sus anuales *Jocs Florals de la Llingua Catalana* en la New York University. Pero ha sido la primera vez que se ha revivido el espectáculo medioeval en todo su esplendor, coordinando para ello el esfuerzo de muchas otras entidades culturales y sociales; al CEPI le tocó organizar estos I Juegos Florales por ser literaria nuestra única misión, mas bien poco se hubiera podido lograr sin el esfuerzo de todos.

La convocatoria se lanzó el 23 de junio. Comprendía cinco apartados: I Flor Natural (tema y estilo libre), II Sonetos, III Poesía Amorosa, IV Narración breve en prosa, y V Ensayo en prosa. El plazo de admisión se cerró el 30 de septiembre; 96 composiciones se presentaron al Tema I, 58 al II, 60 al III, 25 al IV, y 12 al V; aunque sus autores mantuvieron su anonimidad hasta darse a conocer el fallo, la procedencia de los sobres indicó que en su gran mayoría eran residentes en Nueva York, pero también llegaron composiciones desde México, Cuba, Puerto Rico, Brasil, Uruguay y Ecuador, remitidas por autores que habían solicitado su admisión en nuestro Círculo. Los Jurados, cuya integración fué un riguroso secreto hasta anunciarse el fallo, trabajaron dos semanas en la lectura y valoración de los trabajos; en general fueron profesores de literatura española e hispanoamericana en las Universidades newyorkinas, completados con dos poetas y algún otro literato de renombre continental, todos ellos ilustres figuras.

El domingo 17 de octubre se dió a conocer su fallo, en una sesión pública celebrada en los salones de la sociedad española "La Nacional", abarrotados de curiosos a más de muchos de los concursantes. La multiplicidad nacional de los vencedores es buen síntoma del carácter de nuestro Círculo: tres puertorriqueños, tres dominicanos, tres cubanos, tres mejicanos, un venezolano, un peruano, un español y una colombiana. Dos eran mujeres. Y Juan Avilés, el único que mereció dos galardones, el Premio a la mejor Poesía Amorosa y una Mención Honorífica en los Sonetos.

En la misma jornada se cerró la votación para elegir la Reina de la Poesía, entre las candidatas presentadas por cuatro sociedades hispanas de la ciudad. La vencedora fué Sylvia Delgado, puertorriqueña nacida en Nueva York, de 17 años y estudiante de arte dramático. La española Conchita Barros quedó tan cerca de la vencedora, que los organizadores decidieron crear para ella el merecido título de Virreina del Amor. Nilsa Iris Alonso, puertorriqueña residente en el Bronx, y Lilia Ana Baena, colombiana residente en Mount Vernon, fueron proclamadas Princesas del Arte y de la Fantasía. Otras sociedades que no habían participado en el Reinado designaron seis muchachas más como sus Embajadoras ante la Corte del Amor; todos sus nombres se mencionan en su lugar oportuno.

El acto solemne de los Juegos Florales tuvo lugar en la Universidad de Columbia, la tarde del domingo 7 de noviembre. Su Teatro McMillin estaba repleto de público. Y el Alcalde de Nueva York mandó como representante personal al Sub-Comisionado de Protocolo, Hon. James J. O'Brien, quien pronunció unas breves palabras antes de abrirse el acto literario.

Al descorrerse el telón, el espectáculo de la Corte del Amor coronada por S.M. Sylvia I, arrancó una cordial ovación por su exquisita elegancia. Sucesivamente fueron presentadas las muchachas de la Corte del Amor, los miembros de los Jurados, y los literatos ganadores que recibieron sus Premios y Diplomas de manos de la Reina de la Poesía. El Subsecretario General de las Naciones Unidas, Hon. Benjamín Cohen (chileno), actuó de Mantenedor Oficial de los Juegos Florales, pronunciando el discurso que se inserta en este Libro. Los poetas leyeron todos sus poemas, al igual que algunos prosistas fragmentos de sus trabajos. Y un desfile final de la Reina, la Virreina, las Princesas y las Embajadoras, escoltadas por los literatos galardonados, cerró este solemne acto literario, caracterizado en todo momento por la máxima dignidad. La agrupación teatral "La Farándula" había montado el escenario, la rondalla de Casa Galicia amenizó el acto, y los recitadores Rafael Bartolomei y Eulogio Peraza colaboraron en la lectura de algunos trabajos premiados, por residir en el extranjero sus autores o a petición de éstos. -

Las fiestas de los Juegos Florales concluyeron el sábado 20 de noviembre con un lucido Baile de Gala, en homenaje a la Reina de la Poesía, su Corte del Amor, y los literatos premiados; quienes abrieron la parte social del espectáculo a los acordes de un vals clásico, en escena que pareció arrancada de una estampa medioeval. Estampa medioeval en esta Nueva York de los rascacielos.

Lo conseguido con nuestros I Juegos Florales es solo un primer paso, y esperamos marque el inicio de una tradición que perdure. Esto se puede lograr si seguimos contando con la colaboración de todos. Por eso nos complacemos en cerrar esta introducción agradeciendo en general —pues en particular se mencionan todos los nombres de entidades y personas al final de este Libro— a cuantos de un modo u otro participaron en la organización y desarrollo de estos I Juegos Florales de Nueva York. A los poetas y escritores que concurrieron a ellos, tanto a los vencedores como a quienes quedaron en el anonimato; a los miembros de los Jurados, a cuyo cargo corrió la parte más dura e ingrata de la labor; a las publicaciones y periodistas hispanos, en cuyas columnas se amamantó la primera idea y después dieron publicidad al acontecimiento; a la Alcaldía de Nueva York que nos dió el prestigio oficial; a la Universidad de Columbia que nos albergó, sobre todo a su Departamento Español e Instituto Hispánico que nos honró con su patrocinio; a S. E. Benjamín Cohen y a cuantos participaron en el acto literario; a los miembros de la comisión de festejos del CEPI, que cuidaron de tantos pequeños detalles...

Deliberadamente dejamos para final agradecimiento a las personas y entidades que con su ayuda económica permitieron cubrir los cuantiosos gastos de organización y la edición de este Libro. Donantes individuales, desde el viejo Mecenas de la cultura hispánica en Estados Unidos, Mr. Archer M. Huntington, hasta modestos socios del CEPI que contribuyeron con óbolos simbólicos. El Instituto de Puerto Rico que había ofrecido la Flor Natural en oro y donó tres Medallas para sus Menciones, y las entidades y personas que aportaron los demás Premios según se menciona individualmente en su lugar oportuno. Y sobre todo las cuatro muchachas y las cuatro sociedades que, al competir por el Reinado de la Poesía, proporcionaron la gran contribución monetaria sin la cual no hubiera sido posible un acto tan brillante: el Club España que presentó la primera candidata en la persona de Conchita Barros, con el respaldo, además, de la Sociedad Española La Nacional, la Sociedad Cívico Cultural del Bronx, que compitió en la persona de Nilsa I. Alonso; la Fraternidad Sigma Phi Epsilon del M.I.T. de Boston que patrocinó a Lilia A. Baena, y los numerosos socios del CEPI y algún otro club que respaldaron la candidatura de Sylvia Delgado hasta hacerla triunfar como Reina de la Poesía, así como la familia Delgado y sus amistades.

Nuestro ferviente deseo es que los próximos Juegos Florales de Nueva York superen lo logrado en este primer intento, y un día alcancen amplitud continental. Alguien calificó nuestro empeño como "maravillosa insensatez". Y así parece serlo intentar revivir una tradición literaria medioeval en la era atómica y en el corazón de Nueva York. Pero, después de todo, es privilegio de los poetas soñar; y a veces los sueños se truecan en realidades, si la tenacidad acompaña a la fé.

A los socios del CEPI no nos faltan esos arrestos. Y desde ahora emplazamos a todos, para ayudarnos en nuestra próxima empresa. En Nueva York, la ciudad donde no todo son rescacielos.

Nueva York, noviembre de 1954.

DATOS SOBRE EL CONCURSO LITERARIO

Convocatoria y Bases

En una Asamblea General Extraordinaria del CEPI, celebrada en la noche del 23 de junio de 1954, se acordó lanzar la convocatoria para los I Juegos Florales de Nueva York y se aprobaron sus Bases. He aquí sus párrafos más importantes:

“3—Serán concedidos los siguientes premios literarios:

“I—La Flor Natural y un Premio Extraordinario, a la mejor composición literaria, en poesía o en prosa, a juicio del Jurado Calificador. Los autores quedan en absoluta libertad para escoger tema y estilo.

“II—Un Premio al mejor soneto, con libertad de tema.

“III—Un Premio a la mejor poesía amorosa, con libertad de metro.

“IV—Un Premio a la mejor narración en prosa.

“V—Un Premio al mejor ensayo en prosa.

“El Jurado podrá conceder una o más Menciones Honoríficas, así como declarar desierto cualquier Premio.

“5—Los autores de los trabajos deberán ser socios activos del C.E.P.I., o solicitar su admisión en el mismo antes de que el Jurado rinda su veredicto.”

Trabajos presentados

El plazo de admisión quedó cerrado el 30 de septiembre a media noche. Se recibieron 96 trabajos para el Apartado I, 58 para el II, 60 para el III, 25 para el IV, y 12 para el V. Todos los trabajos fueron rigurosamente anónimos; eran identificables por un lema. La procedencia de los sobres indicó que en su mayoría procedían de la ciudad de Nueva York; algunos llegaron de México, Cuba, Puerto Rico, Brasil, Uruguay y Ecuador.

El día 1 de octubre se distribuyeron los trabajos a los distintos Jurados. Cuatro de ellos rindieron su fallo antes del 15 de octubre; el fallo del Jurado V se dilató algunos días más, por hallarse repartidos sus integrantes en las ciudades de Nueva York y Washington. La identificación de autores por los lemas de los trabajos premiados tuvo lugar en acto público, celebrado en los salones de la sociedad española La Nacional en la tarde del domingo 17 de octubre; quince autores estaban presentes, otros dos así como los autores de los ensayos se identificaron más tarde. El diario “La Prensa” cubrió ampliamente este acto, publicando una información en primera página y varias fotografías.

Composición de los Jurados

Los nombres de las ilustres personalidades integrantes de los cinco Jurados Calificadores se mantuvo rigurosamente en secreto hasta darse publicidad al fallo. He aquí sus nombres y calidades:

Jurado I, Flor Natural: Presidente, Eugenio Florit, poeta cubano y profesor del Barnard College.

Vocales: Angel del Río, español, director del Instituto Hispánico de la Columbia University; y Ernesto DaCal, español, jefe del Departamento Español de la New York University.

Jurado II, Soneto: Presidente, Tomás Navarro, español, profesor de la Columbia University.

Vocales: Carlos Hamilton, chileno, profesor de la Columbia University; y Bernardo Clariana, poeta español, traductor de Catulo.

Jurado III, Poesía amorosa: Presidente, Amelia A. del Río, puertorriqueña, jefa del Departamento Español del Barnard College.

Vocales: Susana Redondo, cubana, profesora de la Columbia University; y José I. Nieves, puertorriqueño, profesor de Fordham University.

Jurado IV, Narración breve en prosa: Presidente, Frank Callcott, norteamericano, profesor de la Columbia University.

Vocales: José Martel, español, profesor del City College; y Emilio González López, español, profesor del Hunter College.

Jurado V, Ensayo: Presidente, Rafael Heliodoro Valle, Embajador de Honduras en Washington.

Vocales: Enrique Rodríguez Fabregat, Delegado Permanente de Uruguay ante las Naciones Unidas; y Francisco Aguilera, chileno, Sub-Director de la Fundación Hispánica en la Biblioteca del Congreso de Washington.

Fallo Especial Sobre la Flor Natural

“ACTA.—Los que suscriben, miembros componentes del Jurado calificador del Apartado I de los Juegos Florales de Nueva York, reunidos en la Casa Hispánica de la Universidad de Columbia en la noche del día 11 de los corrientes, después de examinar los trabajos presentados y previa la oportuna discusión y crítica de los mismos hemos dictaminado lo siguiente:

“Primero: Declarar desierto el premio de la Flor Natural en los presentes Juegos Florales, toda vez que ninguno de los trabajos que se han presentado —a pesar de los méritos relativos que algunos de ellos tienen— posee la calidad de excelencia que un premio de tal naturaleza requiere como condición indispensable.

“Segundo: Reconocer que algunos de los poemas y narraciones examinados contiene ciertos méritos que los hacen acreedores a una Mención Honorífica; recompensa que, además, habrá de servir de estímulo a la apreciable labor y al entusiasmo de sus respectivos autores.

“En vista de lo expuesto, este Jurado calificador recomienda que se otorgue Mención Honorífica a los siguientes trabajos: *Similitud*, lema “Anonimato”; *Viento*, lema “Oh, aliento universal”; y *Visiones de la guerra*, lema “La patria es primero”.

“Dado en la Ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América, a 14 de octubre de 1954.—Eugenio Florit, Angel del Río, Ernesto Dacal.”

Relación completa de trabajos y autores galardonados

APARTADO I.

Flor Natural: Desierta.

Menciones Honoríficas, con Medalla de Oro donadas por el Instituto de Puerto Rico, Diploma del CEPI, y metálico: “*Similitud*”, poema de Beatriz Arango-Vélez (colombiana). “*Viento*”, poema de Clemente Soto Vélez (puertorriqueño). “*Visiones de la guerra*”, estampas en prosa de Gregorio Kobisher (mexicano).

APARTADO II.

Premio al mejor Soneto, con Medalla de Oro donada por la Sociedad Cívico Cultural del Bronx, Diploma del CEPI, y metálico: “*La Palabra de Aliento*”, de J. Texier de Unda (venezolano).

Menciones Honoríficas, con Diploma:

“*El Mar*”, de Juan Avilés (puertorriqueño).

“*Saudade*”, de Raziél de Lugo (mexicano).

APARTADO III.

Premio a la mejor Poesía Amorosa, con Medalla de Oro donada por la Asociación de Publicistas y Traductores Hispanoamericanos, Diploma del CEPI, y metálico:

“*Paso al Amor*”, de Juan Avilés (puertorriqueño).

Menciones Honoríficas, con Diploma:

“*Ramonita*”, de Pedro Carrasquillo (puertorriqueño).

“*Entre Madrigales*”, de Emilio A. Morel (dominicano).

“*Espera de la Amada Ausente*”, de Sulpicio A. Reyes (dominicano).

“*Ambición*”, de Joaquín Carranza (mexicano).

APARTADO IV.

Premio a la mejor Narración breve en prosa, con Medalla de Oro donada por el Sr. Serafín Carrasquillo de Chicago, Diploma del CEPI, y metálico:

“*La Salamandra de Cristal*”, de Antonio Max Batista (cubano).

Menciones Honoríficas, con Diploma:

“*Un Centavo de Sol para su Alma*”, de Raúl González de Cascorro (cubano).

“*Nuestro Señor Don Tabaco*”, de Alvaro Naranjo (cubano).

“*La Abuelita*”, de Tomás Santana (español).

APARTADO V.

Premio al Mejor Ensayo: Desierto.

Menciones Honoríficas, con Diploma:

“*Filosofía del Progreso*”, de Alberto Sayán de Vidaurre (peruano).

“*Las Pasiones en Algunos de sus Múltiples Aspectos*”, de Mercedes Luque (dominicana).

Los Jurados II, III y IV destacaron expresamente el soneto “*El Mar*”, la poesía amorosa “*Ramonita*”, y la narración “*Un Centavo de Sol para su Alma*”, como Primera Mención Honorífica susceptible de ganar el Premio en el Apartado respectivo en el caso de que el autor de la composición premiada resultara ineligible según las Bases del Concurso. Las demás Menciones Honoríficas fueron ex-aequo.

DATOS SOBRE EL REINADO DE LA POESIA

Convocatoria y Bases

En la misma Asamblea General Extraordinaria del CEPI se acordó que el elevado puesto de Reina de la Poesía en nuestros I Juegos Florales se disputara en una elección de simpatía entre las candidatas que presentaran las distintas Sociedades que cooperaran económicamente a la organización del Concurso Literario. He aquí los párrafos más importantes de las Bases:

“1—Cada institución cultural o social que ofrezca su cooperación a los Juegos Florales podrá presentar una o más candidatas, sea o no sea su actual Reina . . .

“2—La elección se desarrollará durante el verano y primeras semanas del otoño, cerrándose el 15 de octubre. El escrutinio será público, y cada institución podrá enviar un observador oficial al mismo.

“3—Será proclamada Reina de la Poesía la candidata que obtenga mayor número de votos . . .”

Sociedades y señoritas que participaron

Cuatro Sociedades presentaron sus candidatas al Reinado. La primera en hacerlo fué el Club España, que patrocinó a la Srta. Conchita Barros (española), con el respaldo de la Sociedad Española “La Nacional”. El CEPI patrocinó a la Srta. Sylvia Delgado (puertorriqueña nacida en Nueva York). La Sociedad Cívico Cultural del Bronx patrocinó a la Srta. Nilsa Iris Alonso (puertorriqueña). Y la Fraternidad Sigma Phi Epsilon del M.I.T. en Boston patrocinó a la Srta. Lilia Ana Baena (colombiana), pocos días antes de cerrarse el Concurso. Otros clubs sociales no presentaron candidatas, pero respaldaron con sus votos y donativos a las cuatro concursantes.

A petición de varias Sociedades que no deseaban participar en el Concurso para elegir la Reina de la Poesía, pero sí deseaban estar representadas en su Corte del Amor, se decidió más tarde ampliar las Bases en el sentido de que todas las concursantes fuesen proclamadas Princesas y otras muchachas fuesen admitidas como Embajadoras de sus respectivas sociedades.



S.M. SYLVIA I DELGADO
Reina de la Poesía.

Las Sociedades que hicieron uso de esta oportunidad fueron: el Instituto de Puerto Rico, el Centro Vasco-Americano, el Centro Yucateco, la Sociedad Española La Nacional, la Casa Galicia, y el Puerto Rican Social Club de Brooklyn.

Escrutinio y proclamación de la Reina

La votación para el Reinado de la Poesía se cerró el domingo 17 de octubre a las 6 en punto de la tarde, en el transcurso del mismo acto en que se identificaron los literatos ganadores, en los salones de La Nacional. Las cuatro concursantes estaban presentes.

El escrutinio de los votos tuvo lugar en el salón privado del Club España, en presencia de las cuatro concursantes, el Vicepresidente del Club España, la madre de la Srta. Delgado, el Presidente y el Secretario de Actas del CEPI. Resultó vencedora la Srta. Sylvia Delgado con 61,025 votos, seguida muy de cerca por la Srta. Conchita Barros con 59,425 votos. En el acto se extendió la oportuna Acta, firmada por las cuatro concursantes en conformidad.

Seguidamente se proclamó Reina de la Poesía a la Srta. Sylvia Delgado, en presencia del numeroso público que aún llenaba el salón de actos. Al día siguiente, y teniendo en cuenta el gran esfuerzo realizado por la Srta. Conchita Barros, se acordó elevarla a Virreina del Amor. Nilsa Iris Alonso y Lilia Ana Baena fueron proclamadas respectivamente Princesa del Arte y Princesa de la Fantasía.

Reina de la Poesía y Corte del Amor

He aquí en consecuencia, la integración final de la Corte del Amor que presidió nuestros I Juegos Florales:

Reina de la Poesía: Sylvia I Delgado (CEPI).

Virreina del Amor: Conchita Barros (Club España).

Princesa del Arte: Nilsa Iris Alonso (Sociedad Cívico Cultural del Bronx).

Princesa de la Fantasía: Lilia Ana Baena (Fraternidad Sigma Phi Epsilon del M.I.T., de Boston).

Embajadoras:

Elba M. García, del Instituto de Puerto Rico.

Juanita Zabala, del Centro Vasco-Americano.

Judith Rachó, del Centro Yucateco.

Julia Gómez, de la Sociedad Española La Nacional.

Diana Naveira, de la Casa Galicia de Unidad Gallega.

Alicia del Valle, del Puerto Rican Social Club de Brooklyn.

La encantadora y bellísima Reina de la Poesía, Sylvia I Delgado, nació en Nueva York, de padres puertorriqueños, hace 17 años. Es graduada en estudios secundarios y actualmente cursa Arte Dramático.

ACTO OFICIAL DE LOS JUEGOS FLORALES

EN LA COLUMBIA UNIVERSITY

En la tarde del domingo 7 de noviembre se celebró con toda solemnidad el acto oficial de los Juegos Florales, en el Teatro McMillin de la Columbia University, bajo el patrocinio de su Departamento Español e Instituto Hispánico. Asistió un público numerosísimo; entre los asistentes se contaban el Presidente de la Federación de Sociedades Hispanas de Nueva York, Sr. Tomás Santana, y los Presidentes de muchas Sociedades individuales, el Magistrado Hon. Emilio Núñez, el Asambleísta del Estado de Nueva York Hon. Felipe N. Torres, y representantes del Cuerpo Consular hispanoamericano.

El Alcalde de la Ciudad de Nueva York, Hon. Robert F. Wagner, delegó su representación personal en el Sub-Comisionado de Protocolo, Hon. James J. O'Brien, quien pronunció unas breves palabras antes de abrirse el acto, ensalzando su honda significación en la vida cultural de la ciudad y alentando a todos para seguir la obra emprendida.

La gran poetisa Gabriela Mistral, Premio Nobel de la Literatura, envió un Mensaje escrito de adhesión al no poder concurrir en persona debido a motivos de salud.

Abrió el acto oficialmente el Presidente del CEPI y de la Comisión Organizadora de los I Juegos Florales, Prof. Jesús de Galíndez; quien actuó, además, como Maestro de Ceremonias y Chambelán Real. A su cargo corrió la presentación de la Reina de la Poesía y su Corte del Amor, y de las personalidades integrantes de los Jurados.

Los profesores Eugenio Florit, Susana Redondo, Amelia A. del Río, José Martel y Emilio González López leyeron seguidamente los fallos de los distintos Jurados. Al ser mencionados sus nombres, cada uno de los literatos galardonados subió al escenario, y recibió sus Premios y Diplomas de manos de la Reina.

Actuó como Mantenedor Oficial de los Juegos Florales el escritor chileno Hon. Benjamín Cohen, Subsecretario General de las Naciones Unidas y socio del C.E.P.I. En su calidad de Mantenedor, pronunció el discurso de orden que se publica a continuación.

Después se leyeron todas las poesías premiadas o galardonadas con Menciones Honoríficas; la señora Beatriz Arango-Vélez, y los señores Clemente Soto Vélez, J. Texier de Unda, Juan Avilés, Pedro Carrasquillo y Joaquín Carranza lo hicieron en persona; el declamador Eulogio Peraza leyó los poemas de Sulpicio A. Reyes y Raziél de Lugo, y la señorita Isabel Morel leyó el poema de su padre Emilio A. Morel. A su vez el declamador Rafael Bartolomei leyó unos fragmentos de la composición "Visiones de la guerra", de Gregorio Kobisher, que obtuvo una Mención a la Flor Natural, y de la narración en prosa "La Salamandra de Cristal", de Antonio Max Batista, que mereció el Premio en el Apartado IV; del mismo modo la señora Mercedes Luque y el señor Alberto Sayán de Vidaurre, leyeron en persona algunos fragmentos de sus respectivos Ensayos.

Cerró el acto un desfile de la Reina y las muchachas de la Corte del Amor, escoltadas por los literatos ganadores, a los acordes de una marcha tocada por la Rondalla de Casa Galicia que amenizó el acto.



CONCHITA BARROS
Virreina del Amor.



NILSA IRIS ALONSO
Princesa del Arte



LILIA ANA BAENA
Princesa de la Fantasía



EL MANTENEDOR OFICIAL

S.E. Benjamín Cohen, Subsecretario General de las Naciones Unidas.

Foto: Cortesía de la N.U.

DISCURSO DE ORDEN

Por el Hon. Benjamín Cohen

(Mantenedor Oficial de los Juegos Florales)

Ha hecho bien el Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos en organizar estos Juegos Florales de Nueva York. El aumento constante del número de personas que hablan nuestra lengua, en esta metrópoli cosmopolita y ardiente, reclamaba una manifestación de carácter intelectual como ésta, para dejar establecido el hecho de que no sólo vienen los hombres de ascendencia hispánica en busca de posibilidades mayores de vida económica, sino que traen, consigo, una cultura vieja y rica en valores del espíritu.

Entre las tradiciones que nos legaron los juglares y las cortes del Medioevo ninguna expresa mejor el sentido de belleza inculcado en el alma de los pueblos. En épocas cuando las luchas feudales debilitaron los vínculos entre los hombres de ascendencia común, fragmentando sus vidas en pequeñas colectividades, aisladas por conflictos dinásticos o de intereses inmediatos, el lazo estético se conservó vivo gracias a las peregrinaciones de los juglares que transmitían, de castillo a castillo, de aldea en aldea, y en el ambiente de las ferias, la historia parlada de sus contactos, los acontecimientos más notables que captaran, y los lampos de belleza que solían iluminar la parda vida de las mesnadas.

Bajo el auspicio generoso de los señores feudales, primero, y de las cortes de los Estados, en que se integraran éstos después, una ininterrumpida corriente de belleza era comunicada por los laudistas y poetas distinguidos en los concursos locales. Su selección se hacía en certámenes cuyo galardón mayor era escoger a la reina, cuya soberanía temporal presidiría, desde un trono transitorio, pero lleno de simbólica belleza.

La selección de la soberana quedaba entregada, no como antes al lustre de los guerreros participantes en justas caballerescas de armas, sino a los poetas, cuyas voces cantaban las glorias de los combatientes y la hermosura de las damas a quienes aquellos defendían.

De las grandes arenas y campos de caballería pasaron las competencias a los nobles castillos. Atraídos por el galardón de sentar en el trono a la dama de sus preferencias, los poetas acudían a estos certámenes donde las lenguas, todavía en proceso de formación, recibían el aporte de nuevas expresiones captadoras de nuevos sentimientos e intérpretes de nuevas emociones.

Así nacieron las fiestas del "Gay Saber". Una especie de alta emulación llevó a los monarcas, a los príncipes, a los señores, a rivalizar en el esplendor de las fiestas cuyo núcleo mismo era el concurso de los poetas. De boca en boca comenzaron a circular los versos premiados y la poesía ocupó así su sitio propio en la tradición oral junto al relato histórico, a la fábula de caballería y a la relación de milagros.

En una era cuando no se contaba todavía con la imprenta, ni existían los otros vehículos de transmisión creados después por la técnica, estas fiestas del "Gay Saber" fueron como el punto de partida de la comunicación literaria entre los hombres, de la difusión de conceptos de belleza que alcanzaban más allá de la reducida clase de los alfabetos y se hacían parte del acervo vernáculo, abierto a todos cuantos tenían el espíritu animado por un sentido de belleza.

Los poetas ganadores de los certámenes adquirían reputación doquiera existiesen justas análogas y entre cuantos participaban en estas competencias del espíritu. Es imposible medir la influencia que la difusión de la poesía, creada por estas fiestas del "Gay Saber", tuvo en el desarrollo estético de la lengua española. La misma variedad de antecedentes culturales, de orígenes y de tradiciones, de los pueblos congregados en la Península Ibérica enriqueció, bajo el signo de la unidad lingüística, el ámbito psicológico de la expresión poética. Mientras el latín clásico siguió como lengua de comunicación teológica y científica el poeta se acercó a las masas populares utilizando las formas vernáculas del habla.

El crecimiento de los Estados de tipo moderno, sobre las ruinas del feudalismo, trae consigo nuevas formas de vida espiritual. Se amplían los horizontes y el artista creador deja de hablar tan sólo a una minoría de intelectos exquisitos para comunicarse con las almas inquietas de los nuevos y más numerosos participantes en la vida cultural de los pueblos. El juglar, el trovero, el poeta deambulante, tienen un nuevo medio que les permite comunicarse con los miembros de la creciente y expansiva cofradía intelectual: la imprenta. Nuevos Mecenas añaden al heráldico lustre de sus títulos el auspicio de obras literarias. Al hacer posible la publicación de

libros se apropian un poco del prestigio de los artistas cuyas obras presentan a la consideración colectiva. Muchos nobles señores son recordados por las generaciones posteriores porque sus nombres figuran en dedicatorias u ofertorios de grandes luminarias espirituales cuyas reputaciones viven, acrecidas por el aplauso de los siglos, en el reconocimiento de los hombres.

Las justas del "Gay Saber" cobran un nuevo significado, son a manera de un ramillete donde se mezclan los colores, las emociones y los conceptos estéticos como en un jardín maravilloso cultivado por las manos de artífices. Nacen así los juegos florales. Una mujer y una flor reciben el homenaje de los poetas. No faltan entre los cultores que concurren a los certámenes los hombres de tonsura y hábito para quienes la elección de una flor como símbolo de la victoria no crea problemas de conducta. Quizás porque los conquistadores trajeron a nuestras Américas los instintos del soldado, y los religiosos aportaron la luz de la fé y los destellos iniciales de la cultura, las primeras justas literarias, en el Nuevo Mundo de habla española, se desarrollaron, inicialmente, al amparo de conventos y monasterios.

Las tempranas expresiones poéticas son cánticos religiosos y, en contadas oportunidades, poemas épicos como "La Araucana".

Organizada la vida social con el arribo de mujeres y familias desde la metrópoli, el coloniaje ofrece oportunidad para el transplante de tradiciones intelectuales y la realización de justas poéticas en honra de la dama cuya hermosura capturara el corazón de algún poeta. Gradualmente se insinúa y desarrolla la vida estética de los nuevos pueblos en gestación. A las voces de los colonizadores, herederos de la tradición española, se suman las de los naturales de las Américas y las de los hijos del Africa traídos para la explotación de las riquezas del suelo americano. La voz hispanoamericana cobra nuevas tonalidades, enriquecida por las gamas psicológicas de una gradual integración de razas que, individualmente, aportan nuevos elementos estéticos y nuevas emociones.

Nuestra rica lengua española se mezcla con las expresiones de otros idiomas voceadores de culturas múltiples y distintas. La participación de nuevos elementos enriquece las formas literarias y los poetas de las Américas comienzan a influir sobre la esencia de nuestro lenguaje.

Desde fines del siglo XIX la voz poética de las Américas introduce cadencias modernistas y audaces en la lírica española. Los nietos de los conquistadores cantan su homenaje a la fuente de su habla con aportes que la enriquecen, tanto en la forma cuanto en el fondo: Darío, Lugones, Jaime Freire, Francisco Contreras, toda una legión de inmortales en el Olimpo literario.

Nunca podré olvidar los primeros Juegos Florales de que fui testigo, porque allí nació la que hoy es una gloria consagrada por las mayores distinciones que puede conquistar un poeta. Una oscura maestra de escuela primaria, en un oscuro pueblo de Chile, inició gloriosamente la trayectoria que había de llevarla, cuatro décadas después, a recibir el Premio Nobel de Literatura: Gabriela Mistral. Recuerdo vivamente aquella noche de los Juegos Florales, en Santiago de Chile, cuando se dieron a conocer aquellos sus inolvidables "Sonetos de la Muerte".

Muchos grandes poetas, mujeres y hombres, llenan el escenario lírico de nuestra lengua española. Muchos han conmovido las almas de las multitudes con su palabra y su emoción. Muchos se agostaron en la lucha contra el mundo materialista que ignorara su voz alada de visionarios. Muchos buscaron en la muerte voluntaria una contestación a su desesperanza. Muchos pusieron su estro al servicio de profundas convicciones políticas y algunos pagaron su partidismo con la vida. Muchos otros, los más numerosos quizás, han cantado sus ilusiones y sus esperanzas en un ambiente de mediocridad, incompreensión y pobreza. Todos han sido liréforos y portavoces de mundos ideales.

Yo estoy cierto de que, con la cristalización de la cultura cósmica que se realiza en las Américas, como síntesis maravillosa de todos los aportes culturales, de todas las lenguas poéticas, de todos los sueños que la libertad permite a nuestros poetas de hoy, en día no lejano surgirá de la entraña, todavía virgen, de nuestro continente, la voz augural de nuevos visionarios de nuevas rutas espirituales para el hombre del futuro. Alguna vez, en unos Juegos Florales como éstos que nos han congregado, aquí, en el hogar bicentenario de la Universidad de Columbia, habrá de oír el mundo la voz lírica de las grandes sabanas, de los ríos majestuosos, de las selvas bravías y de las montañas enhiestas de nuestro continente, con que una humanidad nueva, redimida del odio y de la guerra, cantará la culminación de la lucha multisecular por ideales humanos ya logrados.

Los poetas que hoy nos traen su ofrenda lírica son así precursores. Escuchemos su canto, galardón de nuestra época y anticipo del futuro.



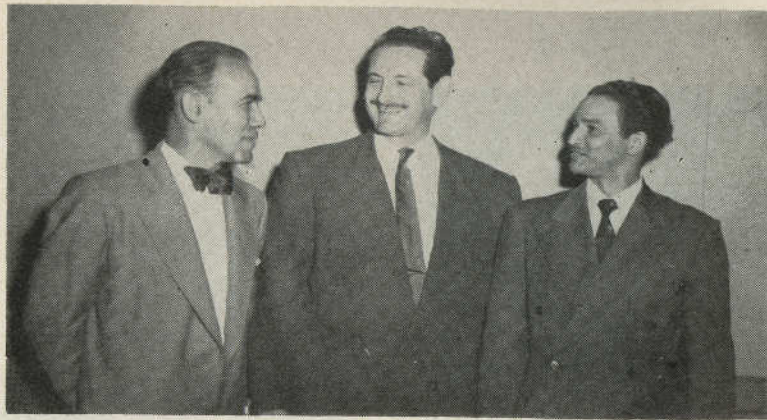
J. TEXIER DE UNDA
*Ganador del Premio al
mejor Soneto.*



JUAN AVILES
*Ganador del Premio a la
mejor Poesía Amorosa.*

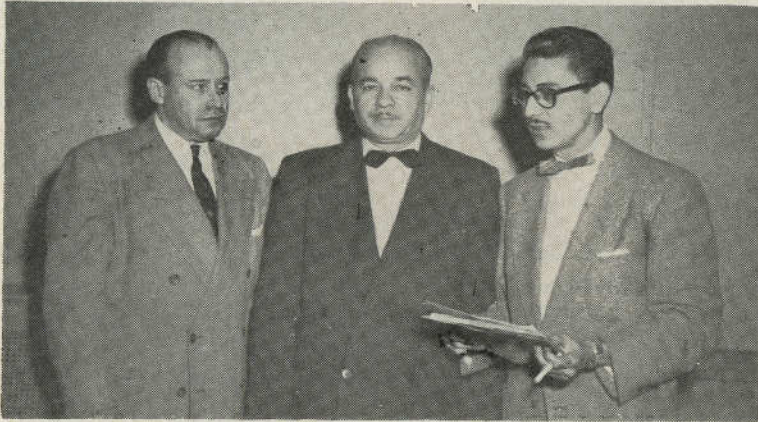


ANTONIO MAX BATISTA
*Ganador del Premio a la mejor
Narración Corta en Prosa.*



CLEMENTE SOTO VELEZ, *Mención Honorífica a la Flor Natural*; GREGORIO KOBISHER, *Mención Honorífica a la Flor Natural*; y Sulpicio Antonio Reyes, *Mención Honorífica en la Poesía Amorosa*.

Foto: César González



JUAN AVILES, *ganador del Premio en la Poesía Amorosa*; PEDRO CARRASQUILLO, *Ira. Mención Honorífica en la Poesía Amorosa*; y ANTONIO MAX BATISTA, *ganador del Premio en las Narraciones en Prosa*.

Foto: César González



JOAQUIN CARRANZA, *Mención Honorífica en la Poesía Amorosa*; J. Texier de Unda, *ganador del Premio en el Soneto*; y ALVARO NARANJO, *Mención Honorífica en las Narraciones en Prosa*.

Foto: César González

COMPOSICIONES GALARDONADAS EN EL APARTADO I, FLOR NATURAL

Con menciones honoríficas

SIMILITUD

*De Beatriz Arango-Vélez
(colombiana)*

Yo quiero que en el cuenco de la mano
recojas agua fresca
y la dejes que caiga, gota a gota,
cual policromo rutilar de estrellas.

Toma después arena de la playa.
De ésa que el mar acecha
para besarla, caricioso y suave,
o para aniquilarla en sus tormentas.

Y cuando veas que de tus dedos fluye
con rumorar de seda,
y que al conjuro mágico de Apolo
también al desgranarse centellea,
dirás:
si son iguales
las aguas y la arena!
Si ambas en luz convierten su caída!
Si irradian en el fango cual luciérnagas!

VIENTO

*De Clemente Soto Vélez
(puertorriqueño)*

Viento, tú que libertas la esperanza
de los amargos pimpollos del desaire.
Tú que conviertes la yerba seca del desconsuelo
en la yerba floreciente de mi carne.
Viento, tú que expones a la vista, con tus manos de minero,
lienzos que lanzan gritos desesperados,
como gritos lanzados por duros minerales.
Tú, viento, tú, que enseñas a las nubes a deletrear mi nombre
para que lo escriban las estrellas

en cada corazón ávido de libertarse.

Tú, que me das a entender que tu imagen fotográfica se puede descubrir

en la placa sensible de los árboles

cuando tu silencio de ojos verdes

estrepitosamente los aplaude.

Tú, que desenfundas la esmeralda de tus madrugadas con deseos afilados que cortan como sables

para revelar los llameantes contornos del anhelo

en el momento rosado que inventan los amantes.

Tú, que haces que la nieve esconda en la blancura

de tu fuego, la prominente pequeñez del lirio de los valles

para dibujar con el radiante carbón de tus fatigas

la silenciosa tempestad de tus metales.

Viento, tú que sacas de la música verde que tus entrañas punzó

la habilidad alada que brilla en tus diamantes;

tú, que le sigues las pisadas a tu corazón

como el río ascendente de lo infinito

que mientras más lo expande las orillas

menos puede desprenderse de sus márgenes.

Viento, tú que te levantas con el rocío

de la ennegrecida claridad que cae del desengaño.

Tú, que desde el horizonte de tus manos frutales,

apacentando truenos con matas de relámpagos,

propagas el misterio evidente del arrullo encarnado de tu sangre.

Tú, que percibes el color cubierto de gemidos

del agua que quiere salir embarazada

para desembarcar en las costas abiertas del semblante.

Viento, tú que en el apresuramiento de tu calma

transparentas la inclinación de los ríos verticales

que se resisten a perderse de amor entre las nubes

porque están furiosamente enamorados de la tierra,

y quieren seguir enamorándose,

como el sol que se alumbraba dejando de alumbrarse!

Viento, ya nos está esperando lo que no nos espera;

porque la tierra siente como las amapolas

que besan con labios de amanecer el suelo en que se abren.

Lo más distante es el desarrollo de lo menos lejano

lo más lejano es el nacimiento de lo menos distante.

VISIONES DE LA GUERRA

De Gregorio Kobisher

(mexicano)

Sobre tierra yacen los cadáveres, miles de cadáveres silenciosos. Carnes desangrantes y cuerpos mutilados.

Entre ellos, retorciéndose de dolor y desesperación, cientos de heridos claman por ayuda.

Rugen los cañones. Explotan las bombas. Y los soldados caen, y su sangre se mezcla con el polvo. Sus ayes se suman a la amarga y continua queja, que se eleva terrible, acusadora, al infinito.

Mientras los heridos se arrastran, queriendo alcanzar con un postrer esfuerzo la trinchera abandonada, inútil refugio ya, el resto de la compañía huye ante el abrumador ataque del enemigo. En su premura, pisan a los muertos. De los cañones brotan lenguas de fuego, destrozándolo todo. Es algo espantoso. Es una brutal confusión de aullidos lastimeros, gritos coléricos, balas asesinas, sangre, lodo, cuerpos despedazados, miembros dispersos, rostros deshechos. Gemidos, espanto, horror. Es el caos; es la guerra.

Y yo, escondido entre unos arbustos, inclinado para no ser blanco del enemigo, asustado y ansioso, contemplo mis manos sucias, temblorosas; mi uniforme despedazado y lleno de barro. Imagino mi rostro, pálido y demacrado. Muy cerca, un hombre aúlla de dolor. Sus piernas son masas sanguinolentas, repulsivas.

.....
Llueve con fuerza.

La línea del frente permanece desierta y callada.

Nos guarecemos del agua, metidos en una cueva que hemos encontrado tras el campo de batalla. En la entrada hemos amontonado ramas y piedras, que apenas si dejan pasar una escasa luz del exterior. Pero podemos descansar un poco. Tendidos en la tierra húmeda, fumamos en silencio.

Es un refugio momentáneo, pero nos preserva del agua, y tal vez de la muerte. Nos encontramos alejados del fuego. No obstante, persiste en nosotros un nerviosismo tenso, exasperante, una histeria contenida a duras penas.

De cuando en cuando, me acerco a la entrada, y pegando el rostro a las espinosas ramas, aspiro con fuerza el puro aire exterior. Porque el olor de la tierra húmeda donde reposamos, mezclado con el hedor de nuestros cuerpos sucios, forma una combinación insoportable. Mis compañeros parecen no haberse dado cuenta. Pero yo siento malestar y asco. La fetidez del ambiente interior me marea, y mi estómago se contrae.

Aspiro, aspiro . . . La frescura de la tarde gris y lluviosa alivia por unos instantes mi repugnancia.

Luego, observo a mis compañeros, que en distintas posiciones, permanecen tendidos, sin hablar entre sí, cada uno embebido en sus pensamientos propios.

Fumo. Todos fuman con fruición, inhalando el humo de los cigarrillos con fuerza. Un soldado, con la chaqueta desabotonada, se rasca el pecho desnudo y vellosos.

Fuera, la lluvia azota. Dentro, en la penumbra, los rostros pálidos, marchitos, desencajados de mis compañeros permanecen inmóviles. Sus ojos apagados, sus bocas secas, su barba sucia y enmarañada, toda la tristeza y la fetidez que nos envuelve, se graba en mi cerebro con dolorosa sensación.

Tirados en el suelo, ensimismados, cada uno evoca sus íntimos recuerdos. Nadie habla. La semioscuridad ayuda al silencio. Algunos añoran otros tiempos. Otros sueñan. Pero, ¿qué sueños puede tener un hombre, en medio de la suciedad, la tristeza y el dolor?

En el ambiente flotan pensamientos grises. Yo los miro, uno a uno. Tengo un nudo en la garganta.

He aquí un cuadro impresionante. Un día sereno, un cielo límpido y azul. La trinchera se extiende como una serpiente inmensa, dormida a la luz del sol.

Todos los soldados permanecen en sus puestos, esperando el momento del ataque. Con los músculos tensos, cada hombre espera. Espera resignado. Contempla a sus compañeros, preguntándose angustiado, quién de ellos no volverá. O tal vez . . .

Los minutos transcurren lentos. De pie, inmóviles, con el fusil en las manos y la bayoneta calada, que fulgura al sol.

De repente, un toque de clarín. Un estremecimiento general, y todos saltan de las trincheras, y empiezan a avanzar, lentamente, arrastrándose por el suelo.

Un agudo silbido, una explosión formidable, y varios caen para siempre. Un ruido ensordecedor, una ametralladora, los cañones; llueve metralla. Las granadas destrozan a los hombres. Hierro y fuego. El sol desaparece entre nubes de polvo. Pero los hombres siguen adelante, sin tener tiempo de mirar a los que a su lado caen. Siguen arrastrándose penosamente, dejando cadáveres en el camino. Sombras blancas, decididas, heroicas.

El fuego del enemigo es intenso. Cada segundo cae una bala de cañón, mutilando hombres. Las ametralladoras no cesan de vomitar muerte, y sobre todos los ruidos, prevalecen los ayes de los heridos.

Imposible razonar. Imposible precisar el tiempo transcurrido.

Estamos de pie, sudorosos, llenos de tierra, pasando lista de presentes. Tenemos las manos adoloridas, y las piernas temblorosas; la cabeza hecha un infierno. El calor aprieta.

Nuestro sargento ríe, nervioso. Casi la mitad de los nuestros han perecido. Uno, que perdió a su hermano, tiene los ojos vidriosos. Pero nos hemos apoderado de un pedazo de tierra desconocida.

Cientos de hombres han muerto. Yo mismo he matado varios. Creo que sentí placer.

Sombrío, de mirada penetrante, ancha la frente, aquel soldado nunca hablaba. Nadie lo conocía.

Su actitud, su aspecto, lo hacían estar siempre alejado de nosotros. Despreocupado y fiero en las batallas, era frío, glacial, antipático en el trato. Los rasgos de su cara, recios; amplios los hombros, cuerpo fornido. Jamás sonreía; jamás lloraba.

Lo encontramos una tarde, después de reñida lucha. El sol se ocultaba casi, tiñendo de carmín el horizonte. Soplaban un aire fresco. Nosotros recogíamos heridos.

Al ver a aquel hombre, con las manos en cruz, una ancha herida en el pecho, la cara serena, rígido, muerto, me impresioné muchísimo. Aún manaba la sangre de su carne abierta, pero la vida había abandonado el cuerpo yacente. De rodillas junto al cadáver, para registrarlo, todavía su semblante mostraba la altanería tan propia de él.

Nunca comprendí su actitud retraída. ¿Qué misterio llevábase con su muerte? Imposible decirlo.

Los ojos de aquel cadáver miraban fijamente. Muy abiertos, parecían retar al cielo, y a los fulgores del ocaso, brillaban sangrientos.

.....

La noche es oscurísima.

Tendidos en el suelo, dormíamos profundamente. La jornada del día ha sido ardua y fatigosa.

Las tinieblas lo invaden todo. Sólo se escucha el acompasado respirar de los que duermen, envueltos en mantas para protegerse del frío.

Fuera, perdíase la figura del centinela en la noche.

Todo es quietud y silencio. Sólo el rumor del aire helado, que azota nuestros rostros.

Pero yo no puedo conciliar el sueño. Mi mente vaga por regiones ignoradas, y cada pequeño movimiento de mis compañeros dormidos lo percibo con neta claridad.

Mientras divago, y mi cerebro se complace en atormentarme con recuerdos lejanos, oigo de pronto un quejido que en el silencio nocturno se me antoja extraño.

Escucho, sobresaltado. Alguien a mi lado gime, alguien a mi lado llora. Llanto desgarrador y triste.

¿Quién será? —me pregunto perplejo. En la oscuridad es imposible distinguirlo.

La queja continúa, lastimera.

¿Por qué llora este hombre? Tal vez le sucede lo mismo que a mí. Tal vez recuerda a su madre, o a su novia, o a su esposa. Tal vez siento miedo...

El llanto se prolonga; el hombre gime desconsolado. Y luego, cesa repentinamente. Largos suspiros, aliento entrecortado, y después, el silencio. De nuevo el silencio.

En las tinieblas se pierde el llorar de esta alma desconsolada y adolorida. En las tinieblas queda el secreto del penar de un corazón que sufre.

Fuera, sopla un viento airado. El centinela sigue en su puesto. Todos duermen. Yo pienso.

La guerra... la guerra...

Un hombre sano, fuerte, bueno, ansioso de vivir, se convierte en fiera que piensa en matar. Matar antes de morir. Siempre intranquilo, siempre medroso. Conservar la vida. Conservarla.

Una luna inmensa, desde el espacio, alumbra la noche como si fuera de día. Pocas ocasiones nos ha tocado verla, enviando su pálida luz sobre nosotros, en una noche calmada como ésta.

Una tranquilidad asombrosa nos envuelve. Una brisa suave y acariciadora, como mano femenina.

Una tranquilidad extraña, en efecto, reposa sobre las trincheras. Todo está en calma. El enemigo ha olvidado disparar, mirando la luna, apacible, quieta, melancólica. Esta noche, decididamente, no es para matar.

Observo a mis compañeros, con sus rostros pálidos y sucios. Parece que ahora tienen algo de infantil en sus semblantes. Como criaturas pequeñas y temerosas.

Y hasta nuestro sargento, sentado a poca distancia de mí, parece haberse transfigurado. Tiene en sus manos una fotografía. La contempla con una dulzura que nunca hubiera creído capaz en un hombre como él, tiránico, austero, demasiado severo.

La noche maravillosa ha hecho efecto aún en él. Noto que sus párpados tiemblan, y dos lágrimas surcan sus mejillas. Luego, precipitadamente, se levanta, y se aleja. Oigo sus pisadas recias sobre el suelo áspero.

Me quedo absorto, meditando. Mis compañeros no se mueven. Unos sentados, otros acostados, todos ellos piensan. Solo algunos conversan en voz muy baja.

Abstraídos, casi no oímos al enemigo iniciar el tiroteo. Un silbido nos sobresalta, y corremos a ocupar nuestros lugares en la trinchera. Sombras azuladas pegadas a un fusil.

En la carrera, tropiezo con un cuerpo. Quiero incorporarme, y una de mis manos se apoya en algo líquido y caliente.

Tengo un doloroso presentimiento. A las pálidos rayos de la luna, el sargento agoniza, con el vientre destrozado. En una de sus manos, aún conserva el retrato que unos minutos antes contemplara con tanta devoción.

Me sublevo. La sangre hierve en mi pecho con ímpetu terrible. Y preparo mi fusil.

No dejo de pensar en el sargento. Deseo ansiosamente matar, vengarlo. Mis manos se crispan sobre la culata.

Entonces, algo llama mi atención. Algo se arrastra cautelosamente hacia mí. Logro distinguir la forma de un casco enemigo. Y con una satisfacción propia de cazador, apunto detenidamente. Siento el gusto agridulce de matar. Allá está aquel hombre, agazapado, y yo a punto de disparar. Y aprieto el gatillo.

El hombre queda tendido de repente, convulso, expirante. Y yo respiro satisfecho.

Me acuerdo del retrato que la mano moribunda del sargento no había soltado. Y un pensamiento hiere mi corazón, con brutal amargura.

Este hombre que acabo de matar, puede tener junto a su cartera, un retrato igual. Un retrato con el rostro de una mujer y de un niño.

Me arrodillo humildemente, y rezo por él.

COMPOSICIONES GALARDONADAS EN EL APARTADO II,

SONETOS

Con premio

LA PALABRA DE ALIENTO

*De J. Texier de Unda
(venezolano)*

La palabra de aliento que se dice oportuna
es islote que surge generoso en el mar
para el ave extraviada, que volara sin una
esperanza remota de poder descansar.

Previsión bondadosa de la gracia divina:
si el esfuerzo fué inútil, si la lucha fué vana,
en el alma que escucha milagrosa germina
la flor maravillosa de la piedad humana.

Arrastrados a veces por el cruel torbellino
que en las curvas medrosas del humano camino
con violencia inclemente suele hundir y arrasar;

la palabra de aliento que se dice oportuna,
para audaz navegante, es la luz de la luna
alumbrando los pasos inseguros del mar.

EL MAR

*De Juan Avilés
(puertorriqueño)*

Con Mención Honorífica

El mar tiene contornos de una mujer trigueña
que se sacia de antojos con saña lujuriosa.
Se parece otras veces a una gata mimosa
que llena de runrunes la falda de una peña.

Es una novia rubia de noche, cuando sueña
mientras la luna duerme sobre su testa airosa.
Tiene las veleidades de una mujer celosa
que no sabe si quiere, si olvida o si desdenea.

El mar es hembra herida cuando su enojo estalla.
Es hembra buena y frágil cuando llega a la playa
con un tibio susurro sensual y femenino.

En su seno se esconden todas las emociones,
y nos brinda su copa llena de tentaciones
con mimo de hembra mala y audacia de felino.

SAUDADE

*De Raziél de Lugo
(mexicano)*

Suspiro musical en el suspiro
de un recuerdo inefable por lejano;
cierro los ojos y sin ver te miro:
prisionera del ruego de mi mano.

Suspiro musical en el retiro
de un jardín sin acopios de verano:
luna en creciente en el azul zafiro
y neblinas enfermas en el llano.

. . . Palabras sin sentido . . . reticencias . . .
hojas difuntas y murmullo vano,
y en éxtasis de azoro las cadencias

tardadas y correctas de tu piano,
del piano que arrulló tus inocencias:
prisionera del ruego de mi mano . . .!

COMPOSICIONES GALARDONADAS EN EL APARTADO III,

POESIAS AMOROSAS

Con premio

PASO AL AMOR

*De Juan Avilés
(puertorriqueño)*

Amor, yo te concibo como antorcha encendida,
como fuente secreta donde empieza la vida.

A fuerza de ser grande, por razón de ser fuerte,
traspasas los confines de la vida y la muerte.

Te he visto en la miseria de la mano que implora,
y en los ojos nublados de la mujer que llora.

Te he sentido en el odio que en nuestra entraña quema,
y en la amarga palabra del labio que blasfema.

Estás entre las cuentas benditas del rosario;
vives en la mirada de Cristo en el Calvario.

Te he sentido en la altura, te he visto en el abismo;
te siento en todas partes, porque vas en mí mismo.

¡Amor: razón de todo! Desde tu oculta gruta
te impones ante todo como fuerza absoluta.

Yo te he visto en el árbol majestuoso y erguido
que da su rama al ave para que cuelgue un nido.

Amor, todo lo grande lo puso en tí el Dios-Hombre,
sólo entre cuatro letras, como en Su propio nombre.

Amor, brindo en tu nombre por la excelsa poesía
del descanso de Dios en el séptimo día.

Amor, brindo en tu nombre por el brazo cansado
que lleva en línea recta la reja del arado;

por el sudor del hombre, por su santa fatiga
que hace brotar del surco la salvadora espiga.

Estás en los jardines cuando nacen las rosas;
vas a los camposantos cuando cavan las fosas.

Eres patria en el hombre que se marcha a la guerra;
plegaria en el labriego que se queda en la sierra.

Eres ansia en la boca que incita al embeleso;
incógnita en los labios que nunca han dado un beso.

Estás sobre la cima de la enhiesta montaña,
y en el pan de tristeza de la humilde cabaña.

Por tí han vuelto a la vida los muertos corazones.
Tú has levantado estatuas, tú has abierto prisiones.

Tú has trazado futuros; tú has forjado destinos;
tú has matado esperanzas; tú has cerrado caminos.

Tú llevas a las sienes el arma del suicida
cuando por tí, en tu nombre, sacrifica la vida.

Pones fuerza en el brazo que levanta la espada,
y valor en el pecho que espera la estocada.

Eres todo lo grande, y eres todo lo cierto.
Cosechará de todo quien se acerque a tu huerto,

desde el afán que triunfa sobre el ansia mezquina
hasta la flor abierta, y el capullo y la espina.

Yo conozco el veneno que destila tu entraña
cuando inspiras y escuchas a la mujer que engaña.

En tí comienzan todos los poemas no escritos,
y se resumen todos los milenarios ritos.

Por tí ha mentido el hombre y ha violado las leyes,
y han renunciado al trono los poderosos reyes;

se han poblado de sombras los duros cautiverios;
se han sembrado de cruces los viejos cementerios.

¡Pero cómo eres manso cuando empañas los ojos
de una madre angustiada que se pone de hinojos!

¡Cómo te haces poema de ternura en los labios
de una mujer que reza para olvidar agravios!

¡Cómo se torna dócil tu impetuosa corriente
cuando tienen tus aguas la queja de una fuente!

Eres el todo augusto, supremo, soberano;
y el mundo . . . ¡un paje humilde que viaja de tu mano!

Gracias, Amor, por todo lo que has dado a mi vida,
por el instante alegre, por la sangrante herida.

Amor, tú has permitido que el corazón se me abra
y suba hasta mis labios la encendida palabra.

¡La encendida palabra que va encendiendo piras
para templar verdades y consumir mentiras!

Tú has puesto en mi camino tantos grandes dolores . . .
Yo, a fuerza de quererlos, los he trocado en flores.

Te devuelvo esas flores que ayer me hirieron tanto.
con todas sus espinas he tejido este canto.

Por fortuna tú tienes tantos viejos altares
donde puedo en silencio meditar mis pesares.

Al caer de rodillas sin protestas ni encono,
no sé si me perdonas o si yo te perdono.

Y así, ante tus altares, aras del mal y el bien,
terminaré este canto con la palabra amén.

Con menciones Honoríficas

RAMONITA

*De Pedro Carrasquillo
(puertorriqueño)*

Ayá . . . en aquel yagrual
entre guaba y cundiamores,
'onde caen los resplandores
del sol en el bejucal;
ayí . . . 'onde canta el solsal
y jase alboroto el río,
es que se jaya el bohío
'onde bibe Ramonita,
la jíbara más bonita
que en el mundo he conosío.

Dende el día que yo la bí
en aquel rincón del monte,
siento cantando un sinsonte
de amol bien dentro de mí.
Pol eya fué que peldí
el sentío y la rasón
y en esta esesperasión
que me tiene consumío,
siento un perro enfuresío
ladrando en mi corasón.

Es la flol más pelfumá
en los senderos del campo
y pol eya es que yo encampo
mi pasión desenfrená;
garra de amol afiná
que en mi corasón escalba,
y son suj sojos de malba
si trompíesan con los míos,
dos cucubanos prendíos
con los tisonos del alba.

Hoy, pa'estal aprebenío,
boy pol el monte a mi antojo
coltando yagua y matojo
pa'fabrical un bohío
bien selquitita del río,
entre *Guaonico* y *Viví*,
pa'bibil con eya ayí,
selquita de la malesa,
como una gayina inglesa
y un gayo quiquiriquí

Al lado deya yo seré
un jíbaro afoltunao.
Con mi tiple bien templao,
mis coplas le cantaré;
pol eya siempre tendré
el corasón desasio,
y será en mi bosque umbrío
de guamá y de tabonuco,
como una flol de sauco
pelfumando mi bohío.

Ayí no tendrá quebranto
sólo grasia y alegría.
Ayí estará entretenía
como en un retiro santo
al compás del dulce canto
de mi gayo canagüey,
una jamaca 'e maguey
tendrá guindá en la solera;
tendrá una cabra lechera
y el rancho con to' y batey.

Cuando benga ese gran día
que nos enyunte el pay Cura,
jabrá una fiesta en la altura
de jolgorio y de comía . . .
Asaremos ese día
un lechón a lo guajiro;
se ajumará Casimiro
con ron caña bien curao,
y jabrá un baile tronao
con tiple, guitarra y güiro.

En ese día pol costumbre,
la yebaré en mi yegüita
pol la risueña lomita
embarrá de esensia y lumbre;
subiremos a la cumbre
'onde tengo mi plantío,
el sol, de amol ensendió,
yenará de luz mi hogal
y nos cantaré el salsal
dende un árbol floresío.

Luego, bajo la frescura
de la noche pelfumá,
a mi amol se rendirá
mansamente y sin brabura.
Es que yo amanso en mi altura
las más serreras potrancas
y a mis abenturas francas
igual que un loco me sampo
polque esa noche en el campo,
floreserán las barrancas.

Se asomará alguna estreya,
pol la bentana de yaguas
y solprenderá en enaguas
a la jembrita más beya;
le contará su quereya
a la montaña moruna,
y nos mirará la luna
con embidia y con reselo
gotiándose dende el sielo
escocotá en la laguna.

ENTRE MADRIGALES

*De Emilio A. Morel
(dominicano)*

Dijo el tierno Gutierre de Cetina
al romántico azteca:—Junto al beso
que se escapó, cuando acercóse al preso
la tentadora mano femenina,
vive el recuerdo de la mano fina,
—carne de lirio—que negó su acceso
al reclamo del ósculo travieso,
que tú immortalizaste, Luis Urbina.

Y contestó el azteca al de Cetina:
—Así en tu madrigal, como abrazado
a unos amores plácidos y buenos,
vive el recuerdo de la luz divina
de aquel “dulce mirar”, que fué alabado
en unos ojos claros y serenos . . .

ESPERA DE LA AMADA AUSENTE

*De Sulpicio Antonio Reyes
(dominicano)*

Oye Amada: ¿Hasta cuándo te estaré esperando?
¿No percibes en las flores la voz amarilla
que el viento indolente arrastra?
¿No oyes algo triste en la garganta de los pájaros,
ni notas que sus alas ya no tienen sombras?
¿Hasta cuándo te estaré esperando, Amada mía?

—El río está inmóvil bajo las hojas y el polvo,
y las espigas están dormitando bajo el sol—.
Mira cómo se tornan grises las campanas
al doblarse sobre la espalda de la tarde . . .
Fíjate cómo el viento llora como un niño
en medio de los árboles muertos . . .
¿No distingues en el dolor de la fuente,
la ausencia de su hermana la estrella?
¿No te duele la raíz del recuerdo,
al tocar con tu carne mi horizonte?
¿Hasta cuándo tendré que esperarte, Amada mía?

AMBICION

*De Joaquín Carranza
(mexicano)*

Como el ala sutil y transparente
de la blanca e inquieta mariposa
hiere el rubor de la encendida rosa,
quisiera que mi boca por tu frente

pasara, sin mancharla, diligente, . . .
como el limpio cristal de la corriente . . .

Y quisiera también que, sin agravios,
como el sol acaricia la pureza
de la flor inundada de belleza,
reposaran mis labios en tus labios,
de mi cruel y monótona tristeza! . . .
sin dejar en mi alma los resabios

COMPOSICIONES GALARDONADAS EN EL APARTADO IV, NARRACIONES EN PROSA

Con premio

LA SALAMANDRA DE CRISTAL

*De Antonio Max Batista
(cubano).*

—¿Mamá?

—¿Qué, hijo?

—¿Estás despierta?

—Sí . . . y tú, ¿por qué no te duermes?

—Yo no puedo dormir, mamá . . .

—Pues duerme, m'ijito, que ya el reloj de la Iglesia dió las campanadas
de la medianoche . . .

—¿Sabes una cosa, mamá? . . . He visto otra vez al animalito . . .

—Ay, chico, déjate de inventar cosas . . .

—No, de veras, mamá . . . ¡Lo he visto!

—¿Qué pasa, muchacho, te duele algo . . . te sientes con fiebre?

—No, mamá . . . desde que sudé la última he estado bien . . . Pero . . .

—¿Qué cosa?

—Que siento cosquillas en el estómago . . . ¿No será la salamandra, ma-
maíta?

—Por Dios, hijo, las cosas que se te ocurren . . .

—Oye, mamá . . . la salamandra ya no es verde . . . Ahora es . . . pues
ahora es de cristal . . . ¿y sabes por qué?

—No, y mejor será que me lo digas por la mañana, que ahora hay que
dormir un poco . . .

—Bueno, si no quieres saber eso me lo callaré . . . Total . . . con seguir
pensando me basta . . . Yo no hago más que pensar, mamá. ¿Sabías eso?
. . . y pienso tantas cosas, mamá . . .

—Más de la cuenta . . . y por tanto pensar no te pondrás bueno . . . Además, acuérdate de lo que dijo el doctor, que necesitabas mucho reposo para que te pudieras curar . . .

—Sí, y también dijo que tenía que alimentarme mucho . . .

—Sí, hijo . . . eso dijo . . . Pero con esta situación . . . pues, ¿qué vamos a hacer? . . . Ay, Dios Todopoderoso . . . Pero, no pienses más, hijito . . . Ya te pondrás bueno muy pronto . . . ya verás . . .

—Pero es que yo no pienso acerca de eso, mamá . . .

—¿No? . . . ¿Y en qué piensas?

—En lo que te dije esta mañana, ¿te acuerdas?

—¿Qué cosa?

—Lo de la chivichana por la lotería, mamá . . . Acuérdate, que fué la salamandra verde, que ahora es de cristal, ¿sabes?, la que me lo dijo . . . “Como tú estás enfermito y tu papá está en el cielo, y tu mamá es tan pobre, yo te voy a decir cómo te pondrás bueno muy pronto, y para que así puedas comer bastante . . . bastante” . . .

—Díme, mamá, ¿has comido tú bastante alguna vez?

—Vaya la pregunta, hijo. ¡Pues seguro! Y tú también. Pero, duérmete ya, corazón, no sea que te vayas a poner peor ahora por el desvelo . . .

—Ahorita me voy a dormir, mamáita, y voy a descansar mucho . . . Todo lo que tengo se me va a quitar . . . La salamandra de cristal me lo ha asegurado . . .

—Y dale con la salamandra. Eres capaz de haber metido una en la cama . . .

—No, mamá . . . No . . . pero la veo por todas partes . . .

—Díme, hijito . . . ¿Y por qué dices que ahora es de cristal?

—Primero dime tú lo de la chivichana de la lotería . . .

—Pues la hice, y ya vendí todos los números . . . Fuí con la comadre Paula y apunté fijo y corrido, ah!, y a la centena también . . . tal como habías pedido . . .

—Pues me alegro . . . que así mismo fué como lo indicó la salamandra . . .

—Sí, hijo, y ahora trata de dormir . . .

—Y . . . ¿se juega mañana, mamá?

—Sí, mañana . . .

—Mañana comeremos bastante, mamá, y te comprarás unos zapatos nuevos . . . y ya no seremos pobres . . . y . . .

—Ay, hijo, mira que hablas . . . Me estás desvelando a mí también. Duerme ya, muchachito, que mañana me lo podrás decir todo . . . todo lo que quieras . . .

—Pero . . . mamá . . . es que tengo que decírtelo ahora . . .

—¿Sabes la hora que es?

—Sí, pero como tú me preguntastes por qué ahora es de cristal la salamandrita . . . ¿verdad? . . .

—Vaya, mañana me lo podrás contar hijo . . .

—No . . . no . . . Tiene que ser ahora . . . ¿Y sabes por qué . . . Pues . . .

—Bueno, bueno . . . Cuéntamelo ahora . . . vamos . . .

— . . . pues porque la salamandra es como mis ideas . . .

—¿Como qué?

—Como mis ideas . . . ¿comprendes?

—Hablas como si fueras un hombre . . .

—Mamá . . . ¿no soy yo un hombre?

—Pues claro que lo eres, válgame Dios . . .

—Me alegro de ser hombre . . .

—¿Por qué?

—Porque la salamandra me dijo que le gustaba que yo lo fuera . . .

—Hijo . . . ay, hijo, mira que dices tonterías . . .

—Bueno, pues no te diré más tonterías . . . Pero déjame acabar de contarte lo de la salamandra . . .

—Pues dí, hijito, y acaba pronto . . . a ver si después te duermes . . .

—Te decía que es de cristal porque es como mis ideas . . . y, ¿sabes por qué? . . . Pues porque mis ideas saltan de una cosa a otra, como la salamandrita, que va de un lado para otro, y nunca se queda quieta en un sitio, lo mismo en la sombra que en el sol, lo mismo en la pared que en las macetas del jardín . . . o en el tronco de la mata de papaya, o en la mata de los clarines blancos . . . Siempre se está moviendo ese animalito . . . Así

son mis ideas . . . Y, ¿sabes por qué es de cristal? . . . Pues como dicen en la escuela, el cristal refleja la luz, y la absorbe, o la transforma, y un solo rayo de luz al pasar por el cristal se hace en muchos colores distintos . . . como el arco iris, mamá, y aunque no se puedan ver a simple vista de todos modos existen . . . Y así me pasa a mí, mamá, que cuando pienso una cosa son mil cosas las que pienso . . . que una idea se transforma en muchas ideas . . .

—Muchacho, ni para un exámen sabrías tanto . . .

—Por eso la salamandrita es como mis ideas . . . Porque mis ideas nunca están tranquilas . . . Siempre se están moviendo de una cosa a otra, y me hacen pensar tantas cosas distintas . . . Y yo pienso y el animalito me hace ver lo que pienso, y me dice lo que voy a pensar después . . .

—¿De modo que eso te dice, verdad?

—Sí, mamá . . . Díme, mamá . . . ¿Se mueren las ideas?

—No, hijo mío, las ideas nunca mueren . . . Los únicos que morimos somos nosotros los humanos . . .

—Yo nunca me voy a morir . . .

—Ojalá, hijito . . . Que Dios te oiga . . .

—Díme, mamá, ¿por qué piensa uno tanto?

—No pienses tanto y duérmete . . .

—Sí, sí . . . ya me voy a dormir . . . ya verás . . . Pero . . . pero . . . ahora tengo hambre, mamaíta . . . y me empieza a doler la barriga . . .

—Pues me levantaré y te prepararé algo . . . Yo no sé qué, pero algo será, hijito, aunque sea una agüita con algunas yerbas del patio . . .

—Espera, mamá . . . Antes de levantarte díme una cosa . . . ¿Estás segura de que la chivichana por la lotería está apuntada ya?

—Caramba, muchacho, qué trajín el tuyo por la dichosa chivichana . . . Sí, seguro que está apuntada . . .

—¡Ah! . . . Pues mira qué cosa . . . ya no tengo hambre . . .

—¿Cómo dijistes, hijo?

—Que ya no tengo hambre . . . ni me duele la barriga . . . La Salamandra me ha sonreído y acaba de decirme que mañana nos ganaremos el premio gordo . . . y podremos comer bastante, mamá . . . bastante . . .

—Pues me alegro, hijito . . . Pero de todos modos te voy a preparar esa agüita cocida con algunas cascaritas de naranja . . .

—No, mamá, ya no . . . Ahora estoy seguro de que no la necesito . . . Y como mañana seremos ricos, y tú te pondrás muy contenta . . . ya me voy a dormir con mi salamandrita de cristal que está aquí, cerquita de mí . . .

—Está bien, hijo, y que sueñes con los angelitos del cielo . . .

—Yo no tengo que soñar con ellos, mamá . . . Los estoy viendo, tal como veo la salamandra . . .

—A la verdad muchacho, que tienes cada idea . . .

—Es cierto, mamá . . . Mira . . . ya me estoy durmiendo . . . Ven, ven a mi catre y verás lo quietecito que me estoy quedando . . . Y ahora la salamandra está sobre mi frente . . . despidiendo mucha luz . . . jugando con mi pelo . . . Ven, mamá . . . ven . . . para que veas . . .

—Bueno, hijo, ya voy . . . ya voy . . . ten calma . . . Déjame encontrar las chancletas, y que ralle un fósforo para poder encender el cabito de vela, que a oscuras no podré ver nada . . . Vaya, ya encontré la caja . . . y mira, hijo, qué bien brilla la velita . . . ¿La ves, hijo? . . . ¡Hum! . . . parece que por fin lo rindió el sueño . . . Pobrecito . . . Mira que dice cosas . . . A veces me asusta con lo que habla. Todo por esas malditas fiebres que no lo dejan . . . Lo taparé para que no me lo vayan a comer los mosquitos . . . que están insoportables esta noche . . . Y mira que no tener ni para un mísero trapo de mosquitero . . . Pero . . . ¡Qué frío siento yo a mi hijo! Y con el calor que está haciendo . . . Ayyyyy! . . . ¡Hijo!!! . . . ¡Hijooooooo! ¡No!! . . . Noooo! . . . No es posible . . . ¡No puede ser! . . . Hijo mío, hijito del alma . . . Ay, Dios santo . . . se me ha muerto mi hijito!! Se me ha muerto mi angelito . . . Hijitoooo!!! . . .

—Comadre Petra, . . . Comadreeee . . . ¿Ya está el almuerzo? . . . Pues a encender el fogón, que le traigo buenas noticias . . . La Providencia divina ha sido misericordiosa con ustedes . . . Se acabaron las miserias . . . Dios les ha mandado un premio . . . Sí, comadre . . . Se han ganado la chivichana de la lotería . . . Oiga, comadre . . . ¡El Gordo! . . . Pero, ¿qué pasa en esta casa? . . . ¡Horror! . . . Pero, ¿comadre Petra? . . . ¿Cómo? ¿Cuándo? . . .

UN CENTAVO DE SOL PARA SU ALMA

De Raúl González de Cascorro
(cubano)

Ayer hizo un mes de su muerte. Y hoy hace treinta días que no veo la luz del sol, desde que regresamos del cementerio, bajo la tarde insolente, llena de sol, como si se burlara de las lágrimas ardientes que le mojaron el pelo empapado; y de los besos desesperados sobre los párpados, queriéndole despertar los ojos inmóviles, para siempre . . . Era un sol tibio; pero yo sentía el frío de la desesperación, como ella sintió el frío del agua, subiéndome desde los pies hasta el cerebro. El cielo estaba azul, más azul que nunca. Y yo lo miraba, sin mirar por dónde caminaba, porque me parecía del mismo azul que los ojos de ella . . . Así, por el camino polvoriento, a pié, como un castigo impuesto por mí mismo; o quizás para bañarme toda el alma del sol desconocido, que ahora temo. Así, hasta llegar a la casa, y encerrarme . . .

Hace treinta días hoy . . . Mi padre no hace más que acompañarme, acosándome con las palabras de siempre:

—*Nacer, vivir y morir de cara al sol, es lo que importa . . .*

Y he tenido que gritarle, lleno de furia, para que se fuera. Luego me he arrepentido. Porque él no se merece que lo trate así. Y porque oigo cuchichear a los criados, que me creen loco. Y no es que me importe lo que ellos piensen (hoy menos que antes), sino que conozco a la gente . . . y a mi mujer. Y ella es capaz de decir cosas inciertas y de buscarse médicos que también las digan, para despojarme . . . para alejarme de todos los lugares tan queridos: donde abrió los ojos por primera vez, donde hizo su primer pregunta, donde sintió el amor . . . y donde cerró los ojos para siempre . . . Conozco bien a la humanidad: es cruel. Y no repara en nada, en nada!

De noche es cuando más la recuerdo. Y es cuando mi padre se empeña en acompañarme. Entonces le digo que se vaya. Pero él insiste en estar a mi lado, como si no le hablara, y en repetirme lo mismo:

—*. . . es lo que importa . . .*

Me enfurezco. Y acabo por irme yo, entre las sombras, ocultándome de todos (¿o es que todos se ocultan de mí?), para acabar siempre en el mismo lugar: el río. El río quieto, apenas con ruidos bajos, debajo, o que me parece escuchar; pero no su voz, su risa alegre y clara como las mañanas aquellas, cuando corríamos a caballo y se le encendían las mejillas, hasta llegar al agua y dejar que las bestias entraran, sedientas, resolviendo los belfos en la superficie, y tener que levantar las piernas, para no mojarlas, como las siento ahora: mojadas; porque no me acuerdo de que no voy a caballo . . . o quizás porque pienso que estoy a tiempo para recuperar su cuerpo empapado . . . (¿O será la humedad de aquella tarde, cuando me tropecé en el agua con su cuerpo flotando, como una flor grande y extraña tronchada para siempre . . .?)

Ahí está otra vez mi padre. Como aquella vez. Entonces era yo muy chico y había un hombre a caballo, que nos miraba sin ver, o nos veía sin mirar. No sé. Ya digo que era muy pequeño. Pero pensaba. Y sabía que a nada bueno venían a nuestra tierra.

Venía un hombre gordo, también, con unos papeles en la mano, que le enseñó a mi padre, hablándole de cosas que presentía, sin entenderlas: Decía que era de ellos. Que debíamos dejar nuestro bohío, la estancia, el potrero, el río . . . Y en mi cabeza no cabía que pudiéramos abandonar todo aquello; no podía pensar que no fuese de nosotros, como no pensaba que mi padre no fuese mi padre; porque era lo único que habíamos conocido desde que nacimos. Yo era muy chiquito—ya lo dije—para explicarme cómo unos papeles podían cambiar las cosas así porque sí.

Mi padre estaba callado. No sé que ideas cruzaban por su frente amplia y brillante, surcada de sudor y sol. Quizás pensaba como yo: que aquello no podía ser. Nada más. Porque no hizo todo lo otro que yo estaba pensando, mientras miraba con odio al hombre gordo y al otro, el que estaba montado a caballo: Yo hubiera querido que cogiera el machete y se les fuera encima. Pero no lo hizo. Y cuando ví a los dos peones guardándole las espaldas al amo (que estaba a caballo) y al hombre de los papeles (que estaba a pié), pensé que mi padre les había cogido miedo. Y que por eso no hablaba.

Corrí hasta él y le toqué el machete metido en la vaina que le colgaba a un costado, desde el cinto. El me apartó, sin mirarme (tenía la vista fija en los papeles) y habló primero lo que primero había pensado:

—Yo veré al abogao del pueblo. Usted se ha equivocado.

Y después, como si las cosas fueran por turno:

—Así no, muchacho. Pa eso está la justicia: pa decir quién tiene la razón. Y yo siempre he'stao a su lao; porque to lo hago siempre de cara al sol.

Y el machete se quedó envainado. Y mi padre se quedó derecho y silencioso (como las palmas de en frente) pensando en la justicia de los hombres, por largo rato, aún después que ellos se fueron, sin que le molestara el sol que le daba de frente, en los ojos claros.

Así estuvo, hasta que mi madre se atrevió a salir del bohío y se le acercó, con mis otros hermanos, todos encogidos, temiendo lo que ya sabían y querían ignorar, para ver si todo no había sido más que una equivocación. Entonces él se viró y le echó el brazo a mi madre, por sobre los hombros. Y cerró los ojos, aunque ya no estaba frente al sol y no podía molestarle la claridad, para decirle con una voz igual a la de ahora:

—No te atemorices. Están equivocaos. Esto fué de mi abuelo, que lo heredó; y yo lo heredé de mi padre; y mis hijos lo heredarán de mí. No puede haber desalojo.

Y se me quedó marcada la palabra, como si hubiera sido marcada por la calimba. Y ya aquello no se pudo borrar, aunque mi padre fuera a hablar con el abogado del pueblo, que no hacía más que pedir dinero y decir que todo iba bien. Pero no era así; porque hubo desalojo . . .

Ahí está mi padre. Mirándome. Ahora no me habla. Y no hace falta; porque me recuerda lo que él quiere. Me lo recuerdan sus ojos azules, como llenos de sol (por eso será que no puedo mirarlos con fijeza); como los de ella antes de cerrarse para siempre.

Sí. Fué otra vez. No aquel día. Aunque era un día parecido: con un hombre gordo enseñando unos papeles al hombre que tenía el azadón como sostén (se apoyaba en él con las dos manos) y había unos muchachos de caras sucias y con miedo y vientres abultados, como agrandando el espacio a los parásitos, que se multiplicaban como la yerba mala; y una mujer con un seno fuera del vestido, que se asomó a la puerta, con un niño en brazos, alimentándose.

Sí; fué algo parecido a lo nuestro. Pero entonces era yo el que montaba a caballo. Y había un muchacho arrubiado y pecoso, con el pelo sobre los ojos, ocultándole la mirada rencorosa y como hurtando el cuerpo, que se

encogía bajo la ropa sin color definido. Pensé: *Ese fui yo, hace años. Y él tendrá que aprender, también a defenderse como perro rabioso . . . Y ahora pienso: ¿Cuántas, cuántas cosas tuvieron que pasar para que yo estuviese montado a caballo y no en la tierra, que aplanaban los piés descalzos? . . .*

Mi padre no deja de mirarme. Lo sé, aunque yo no lo mire. Porque su presencia llena toda la habitación. Ahora me mira como otra noche, distante, y me repite:

—*No intentes coger las ciruelas altas: los gajos son broncos . . . Conjórmate con las que puedes coger desde el suelo.*

No le contesté. Como no le contesto ahora. Ni le pregunté qué quería decirme, porque lo sabía bien. Como ahora, cuando me repite lo de la vida bajo el sol . . . Ya estaba todo decidido. Sería esa misma noche. Lo sentía por María Rosa. Un poco: ya estaba convencido de que no se puede ser blando en la vida. O como decían algunos: *“No se puede ser de miel, porque se lo comen las hormigas”*.

Esa noche ella presintió algo. Quizás todavía yo estaba un poco verde. No sé. Pero ya no había nada que pudiera ablandarme. agarraban el cerebro y el brazo.

—¿Cuándo, cuándo . . .? —y le temblaban la voz y las manos, que me

—Ya te he dicho que no me importa estar pegá a la batea, to el día; y cocinarte . . . y trabajar de sol a sol. No me importa ná, tú lo sabe . . .

Lo sabía. Pero ella no sabía que yo sabía también otras cosas. Aunque se sospechara algo, por la forma en que me agarraba el brazo y por la forma en que le salían las palabras.

—Yo no quiero eso . . . para tí —le dije con trabajo.

La frase estaba dividida en dos. Y nada más que valía la primera parte. Pero ella se creyó que no había división. O a lo mejor no creyó nada, sino que se dió cuenta de que perdía el tiempo. De que ya todo estaba decidido . . .

Ya yo había aprendido a arrastrarme, como los reptiles en la sombra, detrás de la presa. Y esa noche me arrastré hasta su cuarto (no el del bohío) y encontré la puerta abierta (la de tela metálica que daba al

ternero y ella me miraba desde la tabla más alta del corral, encaramada,

—No sé. Deja ver. Me hace falta dinero. con el traje de montar, y las botas nuevas, sin hablarme, pero oyendo las palabras que yo lanzaba al suelo, con la cabeza baja, para que rebotaran hasta sus oídos y el padre no se diera cuenta, entretenido como estaba con el hombre de la jeringuilla y las vacunas.

Fué una cosa trabajada, día a día. Como para que los gajos broncos no se partieran: cuando la acompañaba a caballo hasta la loma; cuando le pelaba los cocos de junto al molino; siempre que se presentaba la oportunidad. Y esa tarde supe que era el momento y no la dejé contestarme. Me arriesgué. Y no me equivoqué: la puerta estaba abierta. Y ya los gajos no podían hacerme caer: cuando se vino a saber, ya la niña estaba creciendo en su vientre. Y el padre tuvo que olvidarse del hijo de "Fico" (los de la finca grande de al lado); y conformarse con un nieto siete-mesino . . . Ya yo era persona seria y respetada. Decente.

Mi padre no me decía nada. Como ahora, que no me dice nada. Pero yo ya sé que pensaba en María Rosa, que estaría esperándome cada tarde, en el bohío, aunque supiera que no iba a llegar. Y si aceptaba seguir trabajando en la finca —que ya era de su hijo— yo sé que era pensando en que pronto regresaría a lo suyo, porque el abogado del pueblo le seguía diciendo que todo iba a arreglarse. Y, más que por eso, porque él seguía jardín); porque esa tarde le había dicho que iría, mientras barbeaba a un confiando en la justicia de los hombres . . .

Yo no. Desde muchacho lo comprendí. Cuando fué el hombre gordo con los papeles, y el otro, montado a caballo, y los dos peones . . . Y un día, cuando ya la niña era grande, se me ocurrió volver allá; a lo mejor me vendían aquello. Y hasta pensé darle la sorpresa a mi padre, para que se creyera de verdad que por fin se había hecho justicia: estaba viejo y recordando cada pedazo del sitio: la estancia, el palmar, el río . . . Pero aquello no valía la pena: era un lugar reseco, de yerba reseca y animales

flacos, y polvo, y un río que no era río, sino arroyo, que se oía correr, por debajo del verde acumulado arriba, que no movía el viento . . . Entonces comprendí menos a mi padre. Porque yo era un muchacho cuando nos fuimos y no conocía otra cosa; pero él . . .

Regresé y se lo dije. Y le propuse comprarle algo mejor: que escogiera. Pero me miró fijamente, hasta hacerme bajar la vista. Y cuando la levanté se había ido.

No lo ví hasta una semana después, en que me llamó mi madre. Y me dió pena verlo acostado, inmóvil; él, que siempre estaba pegado al arado, como si no supiera hacer otra cosa.

—Animo, viejo —le dije tratando de parecer contento—. Esto hay que arreglarlo. Para eso tengo dinero, mucho dinero . . .

Me miró fijamente, como para penetrarme. Y le sostuve la mirada. Entonces me habló de corrido, como si hiciera mucho tiempo que estuviera por decirme aquello y ya se lo supiera de memoria:

—¡Hijo! Has vendió tu alma al diablo. De nada te valdrá to ese dinero. Llegará el día en que no podrás comprar ni un centavo de sol para tu alma . . .

Y después pidió a mis hermanos que lo sacaran afuera, y miró al cielo, la vista fija, largamente . . . No sé por cuánto tiempo, porque tuvimos que cerrarle los ojos, que no se abrieran ya más . . .

Entonces me inquieté. Y miraba a los ojos de mi hija, que eran iguales a los de mi padre, como si él me estuviese mirando a través de ellos. Y llegué a pensar cosas absurdas, que me martirizaban: porque todo lo había concentrado en esa hija (no quise tener más, no sé si por egoísmo o porque ya no hacía falta) y me llegué a preguntar si la quería tan sólo por el hecho de que ella me había dado el poder, las riquezas que agrandaba, de cualquier forma . . .

Pero no. Hoy sé que no. Lo supe la tarde llena de sol, cuando entré en el río, después de la loca carrera que no respetó barrancos ni alambres de puas . . . Lo supe bien cuando tendí en la hierba de la orilla su cuerpo empapado y frío, y que apreté contra mi pecho, mientras el frío de la desesperación me subía desde los pies al cerebro, como agua dentro de las venas; y lo único caliente eran mis lágrimas, que me quemaban los ojos, y mojaban sus cabellos mojados . . .

Después el entierro: hoy hace treinta días. Y el sol insolente de aquella tarde, y la mirada de él (de Agustín, no de mi padre), rencorosa, acusadora, como la del muchacho rubio y pecoso, el día que era yo el que montaba a caballo. Me miraba igual que la noche en que fué a hablarme y le dije que no. Porque yo conocía bien todo eso. Y porque le tenía echado el ojo al hijo mayor del nuevo dueño de la finca de al lado, la grande . . .

El trató de subir demasiado. Y no supo. Y se rompió el gajo. Mi hija lloró y yo me hice como que no me daba cuenta y le dije y me dije que de amor no se moría nadie . . . No se moría nadie . . .

El no dejó de mirarme, rencoroso, con los ojos rojos, ya sin lágrimas; hasta que salió corriendo, cuando las paletadas de tierra empezaron a caer sobre las flores blancas encima de la tapa blanca; porque quería tenerla cerca y no había tiempo para hacer la bóveda . . .

Yo me tuve que ir, también. Pero no salí corriendo, sino que me quedé mirando al sol —sin mirar por dónde caminaba—, que era algo nuevo para mí, hasta que llegué a la casa, y me encerré, para no volver a salir. Únicamente de noche, cuando le grito a mi padre, para que me deje solo, y salgo, y me voy hasta el río, buscándola, con el agua hasta la cintura . . .

Ahí está mi padre de nuevo. Lo miro. Y sus ojos azules, llenos de sol, me recuerdan los ojos de ella . . . Y me habla, como otra vez. Como tantas veces, que ya no recuerdo el motivo. Discutíamos. O era yo el que alzaba la voz:

—Yo conozco bien a los hombres —le dije.

El me miró fijamente, como si me tuviera lástima, y después sonrió.

—De que te sirve conocer bien a los hombres si no has empezado por conocerte a tí mismo . . .

Entonces no le hice caso. O no lo entendí. Hoy tampoco le hago caso. Pero lo entiendo. Que es lo terrible.

NUESTRO SEÑOR DON TABACO

*De Alvaro Naranjo
(cubano)*

INTROITO

Era yo muy joven, casi un niño, cuando tuve el honor de conocer, una alegre noche de juerga esudiantil, al muy ilustre Señor Don Tabaco Habano. Las circunstancias del ambiente en que lo tratara por primera vez, me indujeron a prejuzgar torcidamente la índole de su carácter. Confieso que me lució un tanto desvergonzado y villano cuando lo ví bambolearse todo magullado, —rezumando baba inmundada y vapores de ron— al compás estridente de una conga selvática.

Lejos estaba de sospechar en él al amigo propicio de las Musas esquivas, intermediario de los poetas; ni al camarada prudente y avisado de quien buscan consejo financieros y hombres de negocios; imposible adivinar su afinidad con el filósofo grave y profundo que en el recogimiento de la soledad tranquila, medita sobre las causas primeras y los últimos fines. No obstante, según pude comprobar más tarde, su compleja personalidad presenta todas estas disímiles facetas; sé, además, de buena tinta, que el compañero accesible del humilde plebeyo —que no desdeña avillanarse en canallescas compañías— compadrea sin desdoro en la “City” de Londres y en el Parlamento inglés, con magnates de las finanzas y Lores del Imperio.

Entonces, recuerdo, sólo le buscaba porque su gloriosa presencia confería a mi porte azorado de tímido adolescente, la apariencia arrogante y descarada de una virilidad robusta. Su mundano prestigio sedujo mi imaginación liviana; y luego sus virtudes, que fuí descubriendo a través de un trato íntimo y asiduo, fomentaron la devota amistad que hoy nos une y el culto que le profeso.

Como todos los grandes que en el mundo han sido, mi dilecto amigo ha tenido furibundos detractores. Mas, a diferencia de aquellos que con verbo airado o pluma “en ristre” se lanzan a ripostar la injuria, el digno Señor Don Tabaco, divino y humano, pasa imperturbable y mudo ante el vocerío difamador.

Yo mismo —Dios me perdone— en mala hora dí albergue a calumniosas murmuraciones; sedújome la conspiración permanente que le acecha e incurrí en la más abyecta de las apostasías. Empero, a esta flaqueza cuyo recuerdo me sonroja, debo el singular privilegio de ser el único mortal que ha escuchado de los labios secos y humeantes de Nuestro Señor Don Tabaco, la palabra que encierra su íntimo pensamiento y su mensaje dolorido a los cubanos.

Aunque nuestro divino amigo no tuvo a mano el grandioso escenario de una montaña empinada y solemne y usó en su revelación lenguaje familiar y sencillo, no me considero por ello menos afortunado y digno del loor de mis conciudadanos que mi remoto colega Moisés.

Estoy poseído de la jerarquía superior de mi misión en la Tierra. No obstante, como los hombres de este siglo —más inquietados por las vicisitudes del dinero que por los mensajes de las alturas— tendrían a mal mis ínfulas mesiánicas, me limitaré a contar, con palabra sobria y veraz, lo que me dijo en hora de amarga confidencia el muy ilustre y singular Señor Don Tabaco Habano.

Asechanza Herética

De noche, cuando al tráfago de los hombres substituye el general reposo y los ruidos se esconden en la penumbra del sueño, gusto el placer gratuito de escuchar las voces íntimas, los recónditos murmullos que surgen del propio ser, audibles tan sólo en horas de silenciosa y reflexiva soledad. Diríase que el cuerpo fatigado y sin propios requerimientos, deja al espíritu en libertad de atender superiores quehaceres. Una lectura sugerente, la mullida hospitalidad del lecho y las plácidas volutas de mi habano amigo, bastan para conjurar mi habitual soliloquio.

Para lanzarme a la espiritual aventura, busqué entre mis autores al libro que habría de acompañarme aquella noche. Llamó mi atención un grueso volumen, casi invisible entre montañas de papeles; inquirí su identidad: lujosamente encuadernado en austera piel de Rusia, plancha y lomo dorados, ostentaba este título truculento: “La Droga Nefasta”; y este docto sub-título: “Estudio razonado sobre la naturaleza patógena de la “Nicotiana Tabacum.” El autor era un conjunto de diecisiete consonantes salpicadas por tres vocales. Impreso a tres columnas en tipos comprimidos, aquel sólido ejemplar era casi un intruso en mis dominios librescos: tiempos atrás penetrara subrepticamente con el lote confuso que adquiriera en

una “librería de viejo”, y allí aguardara preterido, casualmente oculto entre las “Meditaciones sobre el Evangelio” de Bossuet y las cuentas del bodeguero.

Lo acerqué a la luz; los rayos de mi lámpara extrajeron fulgores áureos de las letras góticas, que destacábanse magníficamente sobre el negro mate de la legítima piel de Rusia . . . Fascinado, decidí mi elección.

Mi impaciente curiosidad no me permitió abordar aquel conjunto macizo de sabiduría por las primeras páginas; y así, sin orden y al azar, fueron cayendo en mi mente las gotas más densas de la ciencia subversiva. Leía . . .

“Si queremos destronar del puesto que ocupa a ese dios fétido, hay que demostrar con hechos científicos que el tabaco puede engendrar terribles calamidades . . . porque los hechos son argumentos irrefutables y hay que presentarlos diariamente a los ojos de los fumadores . . . El terror será el arma más formidable . . . el miedo de padecer y de morir será medio más seguro que todas las razones morales . . .”

—¡Perverso . . .! —apostrofé lanzando la mirada iracunda a las insidiosas letrillas, al tiempo que saturaba mis mucosas con el humo cordial de mi habano.

“El tabaco es el corrosivo devastador . . . estrangulador que destroza las gargantas de sus víctimas . . . terrible envenenador que nos acecha agazapado tras de pestilentes nubes de humo . . . actúan el oxígeno de carbono, el hidrógeno sulfurado, el ácido prúsico, la picolina . . . y más que todo la nicotina . . .”

Sorbí amplia bocanada; me pareció sentir leve garraspera en la garganta, una sutil presión, como si dedos invisibles se posaran suavemente . . . Y no pude reprimir una mirada recelosa a mi tabaco.

“estrepita los bronquios . . . solivianta los pulmones . . . sabotea el bulbo . . . insubordina el corazón . . . nicotina . . . ácido prúsico . . . alca-loide . . . colidina . . . inhibición . . . patogénesis . . .”

Sentí dolorosamente que aquella vasta erudición conmovía mis profundas convicciones; mis bronquios . . . mi bulbo . . . mi . . . todo estaba amenazado por la nicotina, por la colidina, por la picolina . . . por la prusina . . . Chupé tímidamente el cabo aquel . . .

“Rigurosas experiencias en el “Instituto de Investigaciones Toxicológicas de Leipzig”... en el organismo de diversos animales... se ha suministrado por vía digestiva tabaco egipcio a un conejillo de Indias... excitación de la médula... temblores y convulsiones... la paralización comienza por los miembros inferiores, gana el tronco y llega a los superiores... la respiración se amortigua, después se detiene... y sobreviene la muerte por efecto de la parálisis del nervio frénico...”

Me sentí conejo... Un extraño escalofrío recorrió mi médula. Mis pulmones, mi respiración, mi nervio frénico... clamaban por una decisión enérgica. Pero aún quedaban lo menos tres pulgadas comprimidas de humo deleitoso...

“cólicos... asma... disentería... náuseas... vértigos...”
—Cuando se apague lo tiro —sentencié.

“El furfurool irrita las mucosas... la nicotina puede producir el espasmo de todos los vasos...”

Con temerosa esperanza comprobé que aún ardía el paquete nicotiano, picolínico y prúsico que jugueteaba entre mis dedos nerviosos...

—Hay que reconocer, al menos, que eres de Ley —dije con justicia.
“sudores copiosos y a menudo convulsiones, coma y apoplejía”
Succioné sin gana; el humo perezoso se escurrió de mi boca y tosí... Aquella hoja tenía la voluntad heroica de arder.

“...relajación muscular... temblor involuntario de los miembros...”
No pude más... ¿Qué podría hacer yo, creyente sencillo, sin dialéctica, sin elocuencia, sin química... contra los sesudos embates de la ciencia profana...? Como un ejército de hormigas furiosas, aquellas letrillas negras y punzantes invadían mi espíritu y devoraban mi fe. Así triunfara la erudita pravedad herética sobre la ignara y candorosa devoción...

Y tiré con rabia el “cabo” inmundo.

Singular Revelación

Traté de seguir leyendo; de hundirme más y más, impudicamente, en el éfeno de mi herejía... Pero las letras de la tentación comenzaban a dar cabriolas ante mis ojos, que ya se resistían a cumplir su oficio...

A mi lado, sutilmente, sentí elevarse un vago sonido; me esforcé por mirar, mas sólo pude percibir un hilo tenue de humo gris que ascendía desde el cercano rincón de la estancia. Lentamente el murmullo fué perfilando palabras articuladas... Arbsorto, escuché...

“Demasiado tiempo he sufrido sin protesta la ingratitud, la injusticia y la crueldad de los hombres; la calumnia de los otros y la necedad tuya, han rebasado el límite de mi proverbial paciencia. Tu ignorancia no te justifica. Hace siglos que disfrutas mis servicios y mi amor, y aún no conoces al que te sirve y te ama. Yo, que siempre excedí la esclavitud, he recibido el trato vil del esclavo a quien se niega, por pereza moral, la posesión de un alma.

“Quizás conozcas algunos hechos de mi vida, porque ellos también son parte de tu propia historia. Ya son remotos los tiempos de mi gloria y esplendor; era yo un adolescente, y también lo era el pueblo sencillo a quien yo servía y me adoraba. Entonces era el intermediario de la divinidad, y prestaba mis oficios para aplacar la cólera de las potencias sobrenaturales: yo reprimía la tempestad, bendecía las cosechas, ahuyentaba el rayo, propiciaba la fortuna en la guerra, e inspiraba la acertada decisión de los caciques.

“Los hombres habían derramado la sangre de los holocaustos para contentar la avidez insaciable de sus Dioses; en las fauces candentes de Moloch se inmolaban vidas inocentes para conjurar la suerte de las batallas; mas, cuando yo en mi pueblo regía el mecanismo simbólico de la liturgia, la sangre de los hombres no tuvo que manchar la piedra de los Dioses, porque el humo sagrado de mi propia inmolación tenía el místico poder de conquistar sus favores.

“El Gran Almirante no me comprendió, y fuí para él una mera curiosidad de Indias. Atravesé el Océano llevado por aquel ayamontino que fué pionero de mi destino universal (1). Sumergido en el fondo de una vieja bolsa de cuero, yo planeaba ya la pacífica conquista espiritual del Mundo. Desconocía entonces la necia crueldad del hombre de Occidente. Yo, que había sido el divino purificador, el prudente enemigo de la sangre y la violencia, fuí cruelmente escarnecido y se usó de la violencia sanguinaria contra mis defensores. Fuí alternativamente llamado el “diabólico” o el “divino”; se me ensalzó y encumbró hasta la categoría de panacea de todos los males del cuerpo, o se me denigró y persiguió hasta el punto de atribuírseme connivencias diabólicas. Fué accidentada y penosa mi odisea por el Viejo Mundo, pero al fin gané el corazón de aquellos hombres frívolos y crueles como niños.

(1) Rodrigo de Jerez, natural de Ayamonte que dió a conocer el tabaco en Europa.

“En mis dilatadas excursiones, fuí dejando por el Mundo amplia progenie. Sin embargo, a decir verdad, no estoy muy orgulloso de mis lejanos vástagos y ya hace mucho tiempo que hemos roto toda relación familiar. Sólo tengo pocas y malas noticias de mi hijo turco, y muy salteadas y bochornosas del que dejé en Virginia; del egipcio, mejor es no hablar... ¡Una gran vergüenza, amigo mío...! Lo que me abruma es que los hombres aplican a la inversa el injusto estigma bíblico en la familia tabacal, y la culpa de los hijos salpica a veces el nombre impoluto de los padres; tú mismo, hace un momento, me has hecho víctima del necio error; ya te lo explicaré más adelante.

“La civilización me trajo muchos quebrantos y pocas satisfacciones en mi propia tierra. Desvanecida la aureola de mi antigua santidad, fuí objeto de la implacable codicia del conquistador. Percatada de la riqueza potencial que yo representaba, la ambición de los reyes se arrogó el privilegio de mi tráfico y mi producción; y así fué que conculcó la libertad de los humildes que me beneficiaban y servían.

“La arbitraria disposición de mi “Estanco”, dió lugar a la primera rebelión de la dignidad cubana. (2) Los hilos de aquella sangre vincularon mi destino a la historia de tu liberación. Yo siempre repugné la esclavitud. Fuí el consuelo y la esperanza en los “barracones” de la ignominia; muchas veces, bajo la luz hierática de las estrellas, propicié el reposo ensoñador en la fatiga del negro; y le inspiré serenidad en las patéticas horas de su desesperación. (3)

“Yo fuí el pan y la esperanza de las Emigraciones, donde fraguaste tu libertad (4). Mis humosas espirales fueron la expresión emblemá-

(2) Un Real Decreto, durante la dominación española en Cuba, estableció el llamado “Estanco del Tabaco”, monopolio oficial que substraía prácticamente la riqueza tabacalera de manos nativas para crear un sistema arbitrario de privilegios; despojó y sumió en la miseria a los vegueros, que se rebelaron contra la misma.

(3) “Barracón”: amplio cobertizo que servía de miserable vivienda a los esclavos.

(4) “Emigraciones”: nombre común que se daba a los distintos grupos de cubanos emigrados por causas políticas, dedicados en su gran mayoría a la fabricación de cigarros, cuyas contribuciones financiaron las guerras de independencia de Cuba.

tica de la ilusión libertaria que animaba a los conspiradores. Y en la manigua de tu honor y de tu gloria, yo dí con el aroma mejor de mis rústicos “vegueros”, el aliento y el consuelo a las angustias del “mambí” (5).

“Pero no creas que fundo mi propia estimación, o aspiro a la ajena, con los solos títulos de mi fecundo pasado. Desperté brevemente tus recuerdos con la historia dolorida de mi alma; preciso es que ilumine tu juicio con el certero conocimiento de mis virtudes inmanentes. Mis enemigos se complacen en presentarme a tus ojos como un monstruo perverso armado de toda clase de artefactos letales. Apenas hay un tóxico, una droga malsana, que no forme parte de mi despensa siniestra... Sus informes, sin ser rigurosamente falsos, son capciosamente incompletos y viciados. Esos agentes malignos cuyos nombres han llenado de pavor tus oídos, poco habituados al lenguaje de las ciencias, se encuentran diseminados en la mayor parte de los alimentos de tu diario yantar, y muchos de ellos son necesarios al delicado equilibrio de tu economía orgánica; sólo que se hallan en proporciones tan ínfimas, que únicamente podrán satisfacer los requerimientos habituales de tu cuerpo o, producir a tus normales defensas el trabajo de eliminarlos como inútil detrito. Quizás tengas noticia de la existencia de un veneno muy activo, favorito de los novelistas, que llaman “arsénico”; pues bien, difícilmente encontrarás un objeto de los que te sirven comúnmente, o una golosina de tu predilección, en que una investigación acuciosa, no revele la existencia de aquel vehículo de muerte. Comprenderás ahora, ingenuo amigo, que lo importante en estas cuestiones de tóxicos no es simplemente su mera condición letal, sino la cantidad que pueda tolerar sin daño el organismo humano normal. ¿Te han informado, acaso, tus doctos consejeros el volúmen inverosímil de mi humo que tendría que pasar por tus bronquios y pulmones para causarles el más leve mal...? Debes contar con que gran parte de esos fantasmas que te aterrorizan son destruídos por mi escrupuloso padre Plutón.

“Sobre todo, debes evitar denigradoras confusiones. No es honrado que me atribuyas los pecados y los vicios de esa prole insana que tuve en las correrías de mi mocedad, a la cual se refieren los tortuosos

(5) “Mambí”: cubano alzado en armas contra la dominación española. “Vegueros”: cigarro rústicamente torcido por el campesino, para propio consumo.

experimentos de tus higienistas. Yo no soy responsable de que mi hijo egipcio, o el turco, o el inglés, tengan ese furfurool de que hablan; ni que el de Virginia, anémico y enclenque como es, porte una provisión de nicotina tres veces mayor que la mía.

“Demasiado conoces todos los bienes de consuelo, de ilusión, de fe, de inspiración . . . que yo he regalado a tu espíritu. Sólo llamaré tu atención sobre este extremo: Estás atado a la Tierra por una sutil ligazón de hilos invisibles, que engendran cada hora un deseo de tu voluntad o un esfuerzo de tu acción: el Amor, el afecto de los hijos y de la familia, la amistad, la ambición del poder o del dinero . . . Ellos son los pasionales estímulos del alma, los que prenden la luz de la esperanza y provocan el entusiasmo de la acción fecunda; son los intereses y responsabilidades que dan objeto consciente a la vida y razón de vivir. Sin ellos: la inercia del espíritu, la estática del cuerpo sin más acicate que su inútil y precaria conservación, la quietud, la muerte . . .

“Los años van rompiendo uno a uno, en lento y doloroso proceso, aquellos hilos tenues que te unen a la vida. Cada ilusión, cada *interés* que se pierde sin ser substituído, es un miembro, una víscera, una zona del organismo espiritual que se desintegra y muere . . . Son escasos y preciosos los impulsos anímicos que perduran; las ilusiones, los deseos, las esperanzas que no han desertado ya en la etapa final de tu existencia; y créeme que son dichosos los que no llevan a cuestras, en sus últimos años, el tétrico cadáver de su alma . . .

“Tan solo una pobre esperanza, un humilde deseo que colmar, bastaría para mantener activa la vital circulación del espíritu. Pues bien, yo soy el amor que no se extingue; la ilusión que jamás se desvanece; el deseo imperioso, siempre renovado, que exigirá satisfacción en tanto quede un hálito de vida en tu cuerpo . . . El “último hilo” que te prenda a la Tierra . . .”

Retorno a la fe

La voz calló; sus últimos ecos se insertaron en el nocturno silencio . . . Presa de súbita agitación, salté del lecho y me incorporé; extendí la mirada por la estancia solitaria: todo estaba igual, nada había cambiado; los mismos objetos familiares impasibles me rodeaban, y en la habitación contigua un vecino tecleaba su vieja máquina de escribir. ¿Quién había sido el intruso visitante . . .? Abrí la puerta, presuroso . . . ¡Nada! Tuve la inquietante sensación de haber sido agente de lo sobrenatural . . .

Sin embargo, honda transformación se había operado en mi espíritu y en mis ideas. Sin saber qué buscaba, hurgué la sombra del rincón cercano: allí yacía abandonado el retazo lastimoso del que fuera succulento habano. Trémulo y conmovido lo rescaté con la punta de los dedos y, sacudiendo higiénicos escrúpulos, lo llevé ávidamente a los labios y absorbí con furia. Por un milagro de supervivencia, aún ardía la hoja excepcional; al par que en mi pecho resurgía, viva y crepitante, la hoguera mal apagada de mi antigua devoción.

Humilde y contrito formulé entonces, en la intimidad de mi conciencia, mi solemne juramento y voto de fe:

“En ningún momento, ni en los retazos de mi juventud precaria ni en las tristezas de la vejez que espero; por ningún motivo, ni por las falacias de espesos higienistas ni ante los reclamos de mis bronquios viles; jamás abjuraré de Tí, divino Señor Don Habano. Tú serás mi confidente de dicha y de pena. Saturado de tu humo gris o blanco —que será el incienso de mis oraciones íntimas— quiero pasar los días luminosos o sombríos de mi existencia. Cuando crezcan los años, al desertar la bandada de mis ilusiones y mis deseos, tú serás mi único anhelo que colmar: el hilo solitario que me prenda aún a la Tierra. Y en mi última hora —cuando el futuro que hoy me tortura tenga la dimensión de un instante— serás tú, ¡Hoja mulata de mi tierra natal!, ¡Vaga espiral color de pureza o de misterio!, que tienes la terca curiosidad de las alturas, quien sirva de cicerone a mi alma emancipada por los caminos de Dios.”

Y seguí mordiendo el “cabo” triunfal.

LA ABUELITA

De Tomás Santana
(español)

Al verte saltar y correr por las habitaciones, me traes a la memoria recuerdos de mi pasada y única infancia. No me paro a pensar. Tengo en mi mente tan grabada una casa color canela, ventanas verdes; el interior es espacioso. Una señora risueña, con carácter amable, trajinea diligentemente; es mi madre. Dos hermanas mayores limpian las flores, plantas del patio y la enredadera, que, naciendo en la pila cubierta de musgo, sube por la escalera de madera que conduce a las habitaciones altas.

Trabajan cantando, sin preocupaciones. En el patio también hay un papagayo que repite el nombre de mi padre. En la azotea hay perros, gatos, liebres y un palomar.

La casa contigua es un poco más pequeña. La azotea es muy limitada; una malla preparada para mantener una calabacera cubre todo el patio de la casa. No hay flores como en la mía; no hay plantas de juventud. Es la vejez en todos los aspectos. Pero vejez risueña y encantadora para mí, porque es la casa de mis abuelos.

Un día de mi infancia

Como por intuición y entre sueños, oigo el cascabeleo alegre que viene a través de la calle. Un hombre con 'la medida' en la mano las guía. Salto de la cama apresuradamente y corro a la puerta a medio vestir. Son las cabras que vienen todas las mañanas a darnos el desayuno. Mi madre trae la escudilla con gofio; yo satisfago mi apetito y las cabras siguen su marcha monótona cascabeleando y balando. Subo a la azotea; echo las palomas a volar, desato al perro, suelto a los gallos de pelea y le tiro de las orejas al gato. En el patio el papagayo habla sin cesar, los pájaros cantan, mis hermanos hacen un ruido bárbaro que llena toda la casa. Casa de sol, casa de alegría, casa que más bien que de canarios parece casa de demonios, como decía mi madre.

El día transcurre rápidamente y así que llega la tarde yo voy a comer a casa de la abuelita. Entro por la azotea; desciendo por una escalera de mano, bajo el temor de la abuelita que, con las manos cruzadas, exclama:

“Tomasito, te vas a caer, hijo mío.” Salto al patio a besarla y veo allá, en la cocina, la cena humeando e invitando a comer. Después de la cena, todos se van de la casa. Sólo los viejos y los niños nos quedamos. Ellos se sientan en sillas próximas a la luz del quinqué y sobre sus rodillas ponen un tablero sobre el cual hay un pedazo de tiza con el que anotan los partidos que ganan jugando al tute.

El abuelo, hombre de mundo, narra un cuento del Paraguay o las Pampas Argentinas. La abuelita, mujer sencilla, pone en las cartas toda su atención. Y a medida que avanza el partido, veo que el abuelo tiene más rayas. Así que mientras él sigue contando sus cuentos yo voy al lado de la abuelita y cuando nadie ve le marco rayas a su favor.

“Imposible!, no me puedes ganar,” dice el abuelo.

“Será esta noche porque tú sabes que yo también gano y... mira, no me has ganado muchas”. El abuelo, al fijarse por un momento en toda aquella hilera, mira a la abuelita en desconfianza, pero desecha la idea porque sabe que es incapaz de engañar. Me mira, nuestros ojos se encuentran y yo, no pudiendo resistir más, río a carcajadas. Todos mis hermanos unen a mis gritos sus gritos y se forma una escandalera fenomenal.

Mi madre, que estaba sentada en la sala, viene buscándome, con el pírmano de la escoba en la mano. “Tomás, ven; te digo que vengas.”

Pero al ver que me a pegar, corro hacia la abuelita para que me proteja. “Abuelita, abuelita!”, grito en agonía, porque ya siento el pírmano en mis carnes. La abuelita se levanta y me esconde entre sus piernas calientes y yo me siento tan seguro allí que no me atrevo a moverme.

La cara de la abuela se cambia de pronto. Deja de ser la mujer sencilla y se convierte en leona. Con su rugosa mano, le ordena a mi madre que se detenga: “Párate, mujer! ¿Te has vuelto loca? ¿No sabes que son niños? ¿Te olvidas que tú fuiste niña también? ¡Cálmate, mujer, cálmate!” Y mi madre vencida, se marchaba temblando de nervios y murmurando: “Pero... ¡si es que me vuelven loca! ¡Ya no puedo con ellos!”

La abuelita me miraba; yo la miraba a ella con los ojos llorosos y diciéndole “gracias” con ellos. “Tomasito, ¿me quieres mucho?”, me decía. “Sí, abuelita.”

“¿Cuánto?, ¿así o así?”, mostrándome el dedo meñique y el mayor.

“Te quiero así”, exclamaba abriendo los brazos con todas mis fuerzas.

“Ven, mi niño, ven, que yo también te quiero mucho y quiero que seas bueno”. Diciendo ella esto, unía su cara rugosa a la mía fresca y lozana, y cuando sentía un beso infantil en aquella cara pura de invierno, sus labios temblaban de emoción y dos lágrimas rodaban por los surcos de su cara.

El primer vaso de hiel

Pasó mucho tiempo . . . Mi vida era todo alegría, placer. Yo creía que aquello sería eterno.

Pero una noche, noche trágica, que dejó en mi alma una herida profunda, yo bebí el primer vaso de hiel de mi vida.

La abuelita había estado enferma por meses. La enfermedad se agravaba hasta el extremo que ni una voz se oía en aquella casa de sol. Unicamente cantaban los pájaros. Y el perro, horrible perro, ladró con voz lastimera; parecía que lloraba. Mi madre, muy asustada, le pegó para que se callase y dirigiéndose a nosotros nos dijo muy bajito: “No juegen por aquí, hijos míos. La abuelita está muy malita. Vayan a la cocina y muy pronto a dormir.”

Entramos en la cocina y nos sentamos sobre la mesa, aquella mesa grande donde nos reuníamos todos a la hora de cenar. Era el coro de todos los hermanos. Uno de ellos empezó el juego tocando las piernas de cada uno mientras decía: “Una, dona, tena, catona, quina, quineta, estando la reina, en su gabineta, vino el jí, montó el cuadrí, cuadrí, cuadró, cuenta las veinte que las veinte son”. Y viendo que eran precisamente veinte las tocadas de piernas, reíamos con la risa chillona de los primeros años.

Magdalena aparece en la puerta con el dedo en los labios imponiendo silencio. “No hagan mucho ruido, decía muy bajito. La abuelita está muy enferma. El doctor no se separa de su lado. Dios nos favorezca”.

Quedamos asustados. La puerta se cerró de nuevo y entonces era mi turno comenzar la nueva ronda. Y empecé bajo, bajito, tan quedo, que apenas si se oía: “Una, dona, tena, catona, quina, quineta, estando la reina, en su gabineta, vino . . .”, y una brisa tibia y dulce, como una caricia, sacudió mi cuerpo. Permanecí mudo, como oyendo una voz interior que me llamaba. Me fuí a levantar, cuando de pronto, se abre la puerta.

“¿Qué?”, preguntamos a Magdalena, “¿qué fué la brisa que entró por aquí, llegó a mi alma, me besó y se deshizo en un suspiro?”

“Fué tu abuelita, mi niño.”

Me levanté torpemente y con algo que me aprisionaba la garganta y no me dejaba llorar. “¿Adónde fué, Magdalena?”

“¡Al cielo!”

Invocación

Pobrecita abuelita de mi infancia dorada. Tú, que aromaste con tus caricias la vida capuchina, la vida tranquila, la vida feliz de la única vida mía!

¡Ven abuelita, que estoy muy solo y mi alma, de niño aún, quiere sentir los besos exprimidos de tus labios rugosos!

COMPOSICIONES GALARDONADAS EN EL APARTADO V,
ENSAYOS

Con Menciones Honoríficas

FILOSOFIA DEL PROGRESO

*De Alberto Sayán de Vidaurre
(peruano)*

El concepto corriente del progreso es bastante indefinido. A veces sólo se comprende la idea de simple crecimiento, como el número de habitantes de una nación y la extensión de su territorio. A veces se refiere a la cantidad de productos materiales, como cuando se trata del adelanto de la agricultura o industria. A veces se contempla la calidad superior de esos productos y las nuevas o mejoradas condiciones en la forma de producirlos. Cuando se habla del progreso moral o intelectual se refiere al individuo o individuos tratados; y cuando se comenta sobre progreso del conocimiento, la ciencia o el arte, tendremos en cuenta ciertos resultados abstractos del pensamiento o la acción humana.

Sin embargo, no sólo el concepto corriente del progreso es vago sino que en gran extensión es erróneo; toma en consideración no la esencia del progreso, sino sus resultados, no su substancia sino su manifestación, no su fondo, sino su forma. Considera que el progreso de la inteligencia es el desenvolvimiento del niño al hombre, o del salvaje al civilizado, consiste en el mayor número de conocimientos, mientras que en este caso el progreso consiste en aquellas modificaciones psicológicas, de las cuales este mayor conocimiento es sólo expresión. El progreso social se supone que consiste en la producción de una mayor cantidad y variedad de los artículos exigidos para satisfacer las necesidades del hombre, en la mayor seguridad de las personas y la propiedad, y en ampliar la libertad de acción, mientras que, el progreso social, bien entendido, realmente consiste en aquellos cambios de estructura en el organismo social que han hecho posibles aquellas consecuencias.

El concepto vulgar del progreso es un concepto teológico; el fenómeno es sólo contemplado desde este punto de vista de la felicidad humana; sólo aquellos cambios que directa o indirectamente tienden a aumentar la felicidad humana, son considerados como un progreso y esto simplemente porque *tienden* a aumentar la felicidad humana.

Para poder entender correctamente la esencia del progreso, debemos investigar cuál es la naturaleza de esos cambios, considerados independientemente de nuestros intereses.

Cesando, por ejemplo, de considerar las sucesivas modificaciones geológicas que se han operado en nuestro planeta, como modificaciones que gradualmente lo han hecho habitable por el hombre y por esto un progreso geológico, debemos tratar de determinar el carácter común a dichas modificaciones, la ley a la cual todas se conforman, y similarmente en todo otro caso.

Dejamos a un lado las consecuencias; procuremos encontrar lo que el progreso es y significa por sí mismo.

Con respecto de aquel progreso que se produce en los organismos individuales en el curso de su evolución, tenemos que las investigaciones de los naturalistas contemporáneos, han establecido que los cambios sucesivos por los que pasa el desarrollo de una semilla a un árbol u óvulo a un animal, constituye un avance de una estructura homogénea a una estructura heterogénea. En su estado primitivo todo germen consiste de una substancia toda uniforme, tanto en su contextura como en una composición química; el primer paso es la presencia de una diferencia entre dos partes de esta substancia, o como el fenómeno se denomina en fisiología, una diferenciación; cada una de estas dos divisiones ya diferenciadas, empieza después a presentar algunos contrastes, y poco después de estas segundas diferenciaciones, se produce finalmente la compleja combinación de órganos que constituye el animal o la planta. Esta es la historia de todos los organismos, que confirma sin lugar a dudas que el progreso orgánico consiste en un cambio de lo homogéneo a lo heterogéneo.

FORMACION Y DESARROLLO DE LA TIERRA

Ahora nos proponemos demostrar que esta ley del progreso orgánico, es la ley de todo *progreso*. Ya sea en el desarrollo de la tierra, en el desarrollo de la vida sobre su superficie o en el desarrollo de la sociedad, del gobierno, de las industrias, del comercio, del lenguaje, literatura, ciencia, arte, esta misma evolución de lo simple a lo complejo, por sucesivas diferenciaciones se presenta siempre.

Los geólogos convienen unánimemente que el globo terrestre era en un principio una masa de materia incandescente y que todavía existe esta

masa a algunas millas de profundidad de su superficie. Originalmente, entonces, esa masa era homogénea en su consistencia y en virtud de la circulación que se produce en flúidos acalorados, debe ser también homogéneo en su temperatura y, debió estar rodeado por una atmósfera constituida en parte por los elementos que toman una forma gaseosa a altas temperaturas. El lento enfriamiento por radiación que todavía sigue operándose, debió producir la solidificación de la porción más apta a perder calor, o sea, la superficie. En la delgada corteza, así formada, tenemos la primera diferenciación. Un posterior enfriamiento trajo como consecuencia una mayor espesura de la corteza acompañada de una precipitación de todos los elementos solidificables contenidos en la atmósfera, principalmente el agua que antes existía como vapor. En esta forma se presenta una segunda diferenciación y como la condensación debió realizarse en las partes más frías de la superficie, alrededor de los polos, resultó así la primera distinción geográfica en el globo terrestre. A estas ilustraciones la geología añade muchas otras que demuestran la incesante evolución de lo homogéneo a lo heterogéneo por que ha atravesado y sigue atravesando nuestro planeta; sus investigaciones enseñan que la tierra ha estado continuamente volviéndose más heterogénea con respecto a la composición de las capas que forman su corteza, las últimas de las cuales, estando formadas por los residuos de las anteriores, son mucho más complejas en su composición química por la mezcla de materias que contienen; y, que esta heterogeneidad ha sido enormemente aumentada por la acción sobre la corteza, de la materia ígnea encerrada, de donde resulta no sólo la gran variedad de rocas ígneas y metálicas, sino innumerables dislocaciones e irregularidades. Más aún, la geología nos enseña que la superficie de la tierra ha venido evolucionando siempre en una más variada elevación; que las más antiguas cordilleras son las menos elevadas y que los Andes y el Himalaya son las más recientes, al mismo tiempo que con toda probabilidad han habido cambios correlativos en el fondo de los océanos.

Como consecuencia de estas incesantes diferenciaciones, encontramos hoy día que ninguna porción considerable de la superficie terrestre se parece a otra, en su estructura geológica o en su composición química.

EL LENGUAJE

La ley no sólo se presenta en la evolución del mundo orgánico o inorgánico sino en la de todas las manifestaciones del pensamiento o la acción humana, ya sean concretos o abstractos, reales o ideales. Tomemos como primera ilustración el lenguaje.

La forma más primitiva del lenguaje es la exclamación, por la cual, toda idea, es expresada por un sonido, como en los animales. No tenemos evidencia que el lenguaje humano haya consistido primitivamente sólo de exclamaciones, siendo así completamente homogéneo en todas sus partes, pero, es un hecho indiscutible que el lenguaje originariamente sólo consistía de nombres y verbos. En la mayor multiplicación de las partes de la oración, en la diferenciación de los verbos en activos y pasivos, de los nombres propios y comunes, en la distinción del modo, número, caso y persona, en la formación y sub-división del artículo, adjetivo, pronombre, adverbio y preposición, en la divergencia de los géneros y especies y en la múltiple forma y variedad de las oraciones por medio de las cuales las razas civilizadas expresan las más sutiles significaciones, advertimos, sin duda, un cambio de lo homogéneo a lo heterogéneo.

Otro aspecto bajo el cual podemos estudiar el desenvolvimiento del lenguaje, es la diferenciación de palabras de sentido análogo. La Filosofía nos enseña que en cualquier lenguaje las palabras pueden agruparse en familias que tienen origen común. Un nombre que primitivamente se aplicaba sin discriminar a todo un género de cosas o acciones, sufrió posteriormente modificaciones por las cuales se expresaba las principales especies de ese género; todos estos nombres que se derivan de una misma raíz, fueron a su vez originando otros nombres más modificados; y, por la ayuda de aquellos modos de formar derivados y términos compuestos expresando distinciones sutiles, se forma finalmente una familia de palabras tan heterogénea en sonido y significado, que realmente parece increíble que todas han tenido un origen común. Mientras tanto otras familias se han originado de otras raíces, hasta que resulta un lenguaje de sesenta mil o más palabras, correspondientes a otros tantos objetos, cualidades y actos también distintos.

LA ESCRITURA

Pasando del lenguaje hablado al escrito, encontramos que también y en forma clara se presenta la misma ley del progreso. El lenguaje escrito, la pintura y la escultura son todos apéndices de la arquitectura y tienen conexión directa con la primera forma de gobierno: la teocrática. Haciendo una simple referencia al hecho de que las razas salvajes, como las Australianas y Sud Africanas, tienen la costumbre de pintar sucesos y personajes en las paredes de sus cavernas, que posiblemente son considerados como lugares sagrados, pasemos al caso de los Egipcios. Entre este pueblo, como entre los Asirios, encontramos que la pintura mural fué usada para decorar el templo del dios y el palacio del rey, que originalmente eran idénticos; en esta forma la pintura mural constituía un acto oficial igual que las

festividades religiosas; por la pintura mural se derivó la práctica de la escritura representativa, práctica que se encontró entre los peruanos y mexicanos al tiempo de la conquista española. Por abreviaciones, análogas a las que aún se vienen produciendo en nuestro actual lenguaje escrito y hablado, las más comunes de aquellas figuras representativas se fueron simplificando sucesivamente, hasta que al fin se desarrolló un sistema de símbolos, la mayoría de los cuales no tenían sino un lejano parecido con las cosas que significaban; tal fué, sin duda, el origen de los jeroglíficos egipcios. Posteriormente encontramos que para la expresión de los nombres propios, que no podían representarse de otra manera, se empezaron a usar símbolos fonéticos, y aunque no es seguro que los egipcios hubieran alcanzado un alfabeto completo, existe gran evidencia que estos símbolos fonéticos usados junto con los ideográficos, constituyeron los gérmenes de la escritura alfabética.

LA PINTURA Y LA ESCULTURA

Mientras que el lenguaje escrito sufría sus primeros desarrollos, la decoración mural, que formó su raíz, se diferenciaba en pintura y escultura. Los dioses, los reyes, hombres y animales representados eran originariamente señalados por líneas profundas y al mismo tiempo coloreados; en la mayoría de los casos esas líneas tenían tal profundidad y los objetos que circunscribían eran tan marcados en sus partes principales, que casi constituían un bajo relieve pintado. Esto se encuentra evidenciado en la arquitectura Asiria, aunque su pintura fué muy primitiva. La separación de las estatuas de los bajos relieves, que fueron su origen, se comprueba en el antiguo arte Egipcio, donde ellas no sólo presentan la unión de los miembros con el cuerpo, que es la característica del bajo relieve, sino que tienen la espalda de la estatua unida de cabeza a pie con un bloque de piedra que reemplaza la pared original.

En el arte cristiano encontramos también este proceso de paralelismo en el origen de la escultura y la pintura, como derivados de la arquitectura. Dentro de este arte toda pintura o toda escultura que representaban temas religiosos, Cristos, Crucificaciones, Apóstoles, Santos, formaban parte integral de las iglesias, constituyendo medios para incitar a la adoración; todas las esculturas primitivas eran coloreadas, como es fácil constatar en cualquier iglesia antigua, demostrando que aun hoy día la pintura y la escultura guardan íntima relación. Sólo en las últimas centurias se han diferenciado en forma clara, como artes autónomas, independizándose a la vez de su tronco común: la arquitectura.

Extraño como parezca, es no menos cierto, que todas las formas del lenguaje escrito, la pintura y la escultura, tienen un origen común en las decoraciones político-religiosas de los antiguos templos y palacios. Por poco que se parezcan, el busto que adorna la consola, el cuadro que cuelga en la pared y el ejemplar del periódico encima de la mesa, tienen un mismo y común origen remoto; lo mismo ocurre entre la pintura de la ventana, el breviario cuyas páginas ilumina y la estatua religiosa que se venera; entre las efigies de las monedas, los anuncios en las tiendas y las muñecas que se exhiben, también existe parentesco.

Es probable que ningún otro ejemplar demostrará con mayor claridad la multiplicidad, complejidad y heterogeneidad de resultados, que en el transcurso del tiempo pueden producirse por sucesivas diferenciaciones de un origen común, simple y homogéneo.

El arte moderno, de concepción variada representativa de múltiples formas del pensamiento humano, es asimétrico, irregular y complejo en todos sus aspectos, presentando una heterogeneidad que difícilmente puede asociarse al simple y homogéneo arte primitivo.

LA POESIA, LA MUSICA Y LA DANZA

En el origen común y diferenciación gradual de la poesía, la música y la danza, tenemos otra serie de ilustraciones. Ritmo en el hablar, ritmo en el sonido y ritmo en la acción, fueron en un principio partes de la misma cosa y sólo con el transcurso del tiempo se han diferenciado. Aún hoy día entre muchas tribus salvajes las encontramos todavía unidas. El baile de los salvajes es acompañado por un canto monótono y el golpear de instrumentos primitivos está constituido por movimientos, palabras y ruidos uniformes, y toda la ceremonia, refiriéndose a la guerra o al sacrificio, tienen marcado carácter oficial. La primera separación de estas artes se encuentra en Grecia, donde la danza empezó a diferenciarse adoptando formas diversas, mientras la poesía y la música todavía continuaban unidas. Los primeros poemas griegos no eran recitados sino cantados y aunque en su origen el canto del poeta era acompañado por danzas, después se independizaron. Por último, cuando el poeta se diferenció en épico y lírico y se acostumbró a recitar lo épico y a cantar lo lírico, nació la poesía propiamente dicha. Como al mismo tiempo se multiplicaban los instrumentos musicales, podemos presumir que la música entonces asumió una existencia independiente de las palabras.

Aún en los albores de la Edad Media encontramos en los bardos, que cantaban en sus arpas composiciones versificadas por ellos mismos con música también de su propia composición, unificados al poeta, compositor, vocalista e instrumentista. Queda en esta forma ilustrado el origen común y la diferenciación posterior de la poesía y la música de la danza.

El paso de lo homogéneo a lo heterogéneo no sólo se presenta en la separación de estas artes entre sí, sino también en las múltiples diferenciaciones por las cuales cada una ha pasado en el transcurso del tiempo. Sólo mencionando las innumerables variedades modernas de los bailes y el indiscutible *progreso* de la poesía visto en el desarrollo de las varias formas de metro y ritmo, estudiamos la música en las líneas generales de su evolución.

Los primeros instrumentos musicales usados todavía por todas las tribus salvajes, son instrumentos de percusión y eran usados simplemente para marcar el tiempo del baile; en esta constante repetición del mismo sonido, encontramos la música en su forma más homogénea.

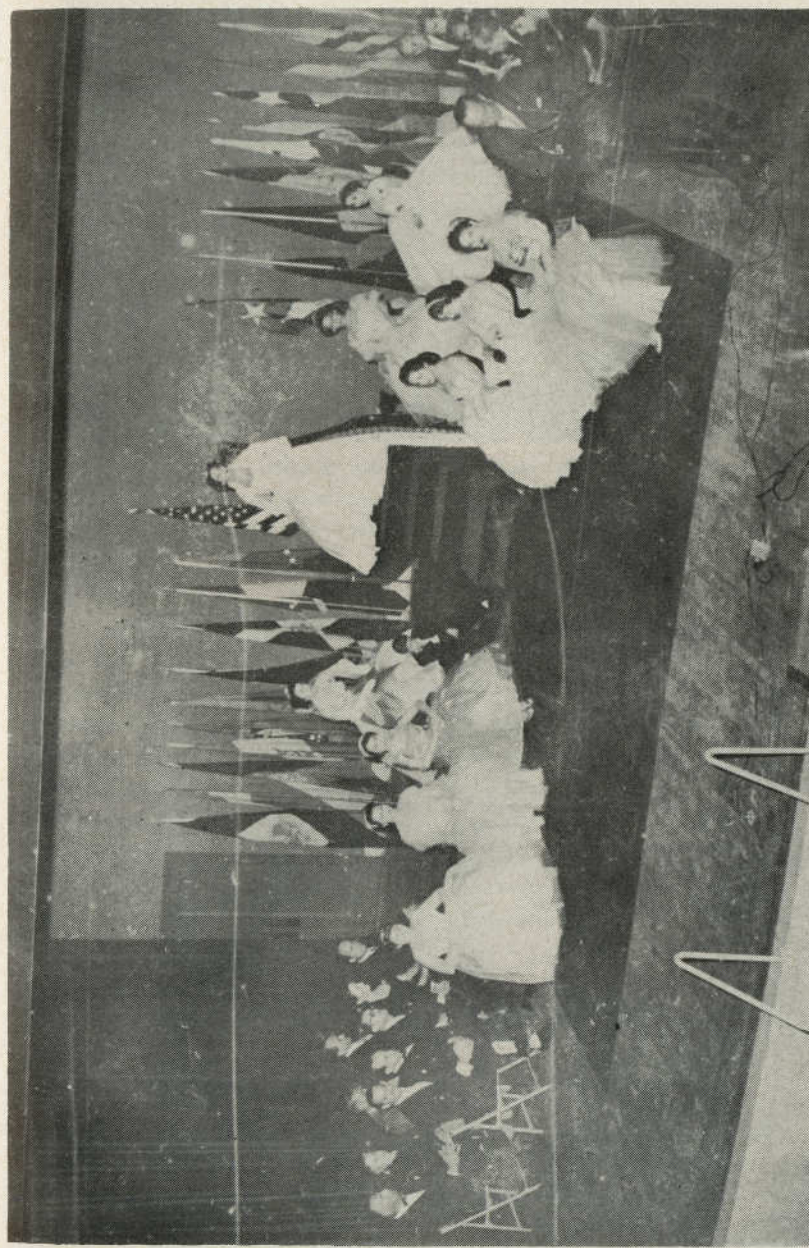
Los egipcios tenían un lira de tres cuerdas; los primeros griegos construyeron la de cuatro y en el transcurso de algunos siglos se emplearon ya las liras de siete y ocho cuerdas.

LA SOCIEDAD

Pasando del estudio de las diversas formas del *progreso* del pensamiento humano al estudio de la humanidad misma considerada como agrupación o agrupaciones sociológicas, encontramos que la ley de la evolución siempre creciente de lo homogéneo a lo heterogéneo, se presenta y comprueba en cada grado de su desenvolvimiento, como norma invariable e indiscutible de su progreso; la regla se aplica no sólo a la civilización en general, sino al progreso de cada tribu y nación, y todavía continúa en cada desarrollo que tiende honestamente a la mayor felicidad o libertad de la humanidad.

Como todavía puede comprobarse, en todas las tribus salvajes, la sociedad en su primera y más simple forma está constituida por una agregación de individuos homogéneos que tienen iguales funciones e iguales poderes, siendo la única diferencia la que acompaña al sexo.

Cada hombre es guerrero, cazador, constructor y fabricante de sus propios utensilios; cada familia se basta a sí misma y salvo para los efectos de la defensa y agregación podría vivir muy bien separada del resto.



ACTO OFICIAL DE LOS JUEGOS FLORALES

Vista general del escenario en el Teatro McMillin. A la izquierda los Jurados; en el centro, la Reina de la Poesía y su Corte del Amor; a la derecha, los literatos premiados; al fondo las banderas de los países americanos. El Mantenedor Oficial está leyendo su discurso.



DETALLE DE LA CORTE DEL AMOR
Durante el acto oficial de los Juegos Florales.

Foto: César González



DETALLE DE LA REINA EN SU TRONO
Al entregar su Medalla y Diploma a la poetisa Beatriz Arango-Vélez.

Foto: César González

Muy pronto, sin embargo, en el proceso de la evolución social, se advierte una incipiente diferenciación entre los gobernantes y los gobernados; es indudable que el jefe se presenta como el primer avance que convierte a varias familias en una tribu nómada; la autoridad del más fuerte o del más hábil se hace sentir entre los salvajes, como entre una manada de animales. Al principio, sin embargo, esta autoridad es incierta y compartida por otros de poder escasamente inferior y no es acompañada por ninguna diferencia en las ocupaciones o en el modo de vivir; el primer jefe mata su propia caza, fabrica sus armas, construye su choza y considerado económicamente no se diferencia del resto de la tribu. Gradualmente, a medida que la tribu progresa, el contraste entre el gobernante y los gobernados se vuelve más definido; el poder supremo se vuelve hereditario en una sola familia; el jefe ya no provee sus propias necesidades sino que es servido por otros y asume en esta forma el oficio único de gobernar; este oficio comprende en un principio todas las atribuciones religiosas y políticas; el jefe reúne en su persona todas las funciones del sacerdote, legislador, juez y general supremo de los guerreros de la tribu. Es la forma primitiva homogénea cuya única diferenciación de castas reside entre el jefe y los demás miembros.

EL GOBIERNO

La primera distinción que se produce en el gobierno es la que corresponde a la separación de la casta sacerdotal, que comenzando con la presencia del hechicero, generalmente un pariente próximo del jefe, se va diferenciando hasta independizarse por completo, produciéndose en esta forma un paso hacia una mayor heterogeneidad social. En el curso de los siglos, como aún sigue sucediendo en nuestros días, se va desarrollando una complejidad en la organización política cada vez más creciente, por la diferenciación de las distintas atribuciones que originariamente sólo correspondían al jefe, y así se va encomendando a distintos cuerpos o personas la labor de legislar y de administrar justicia, constituyéndose los tres poderes clásicos de toda organización: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, independizándose los tres de toda ideología u organización religiosa. A su vez, cada uno de estos Poderes se subdivide y diferencia, adoptando innumerables formas y modalidades según sus necesidades propias.

Mientras que las formas de gobierno se desarrollaban cada vez más complejas, los gobernados simultáneamente evolucionaban en su organización hacia una estructura social más heterogénea. El avance de la humanidad a una creciente heterogeneidad es la mayor prueba de la ley general del *progreso*. Consideremos el desenvolvimiento de una organización industrial.

LA INDUSTRIA

Cuando, como debió suceder ocasionalmente, un individuo de la tribu desplegó aptitudes especiales para hacer un artículo de uso general, un arma, por ejemplo, que antes era fabricada por cada individuo para su uso personal, se originó una tendencia para la diferenciación de ese individuo como fabricante de esa arma; sus compañeros, guerreros y cazadores todos ellos, sienten la necesidad de tener las mejores armas que puedan hacerse y en consecuencia ofrecen grandes recompensas al hábil fabricante para que se las facilite; éste, por su lado, teniendo no sólo una habilidad propia sino una especial vocación, acepta gustoso el encargo de sus compañeros y la propuesta adecuada. Iniciada esta primera especialización de funciones, su desarrollo cada vez más señalado no termina nunca. Considerando al fabricante de armas en la tribu primitiva, la práctica continuada le da una mayor habilidad y una mayor superioridad a sus productos, mientras que en los demás individuos de la tribu la falta de práctica les produce una decreciente habilidad, hasta el momento en que sólo dos o tres individuos se dedican a fabricar armas y el resto se ve precisando a adquirirlas de ellos. Así, las diferencias que determinan esta división de trabajo se vuelven más fuertes en ambos lados. Se produce en esta forma un evidente paso de lo homogéneo a lo heterogéneo.

Observemos ahora cómo este proceso no sólo diferencia la agrupación social en dos partes, la una monopolizando el ejercicio de una función y la otra perdiendo más y más el hábito de ejercerla, sino que produce infinitos cambios y reacciones en las costumbres de esa agrupación.

El comercio y el intercambio

El proceso descrito implica la presencia del trueque como forma originaria del intercambio comercial humano; el fabricante de armas, en cada ocasión tiene que ser pagado con otros artículos que acepte en cambio; pero no va a aceptar una sola calidad de artículos, sino artículos diferentes; no quiere tener solamente pieles u objetos de alfarería o artículos de pesca, sino todos ellos, y en cada caso negociará por aquello que más necesite; sucede entonces que si entre los miembros de la tribu existe tan siquiera una pequeña diferencia de habilidad en la manufactura de alguna de estas cosas, el fabricante de armas tomará de cada uno aquello que hace mejor; y éstos, a su vez, al hacer mayor número de la misma clase desarrollarán mayormente su aptitud innata; así resulta que estas pequeñas especializaciones entre los miembros de la tribu, se intensificarán y si estas transacciones son repetidas de tiempo en tiempo, llegarán a ser verdaderamente apreciables.

Si bien el progreso descriptivo no producirá efectos duraderos y estables en la tribu nómada, no será lo mismo dentro de la agrupación cuando se establezca permanentemente y constituya primero la ciudad y después la nación; entonces las diferenciaciones y la división del trabajo se vuelve también permanente y aumenta con cada generación. Una gran población supone una mayor demanda de dado producto e intensifica la actividad funcional de cada persona o clase especializada y esto a su vez intensifica la especialización donde existe o la crea cuando es necesaria; al complicarse cada vez más el organismo social, cada individuo es compelido a dedicarse a aquella función que hace mejor o por la cual gana más. Este progreso industrial abre el camino a un mayor crecimiento de población, que a su vez produce las mismas reacciones pero en mayor escala: nuevas ocupaciones aparecen, la competencia siempre procurando producir mejores artículos descubre nuevos procedimientos o materias primas, la multiplicación de las industrias y formas de comercio abren nuevos campos a la actividad humana; y todos estos cambios operan sobre los individuos, cambiando sus costumbres y refinando sus gustos.

En esta forma, resulta indudable que la evolución de la sociedad se presenta como el paso incesante y continuado de lo homogéneo a lo heterogéneo, ley que regula el *progreso*.

ORGANIZACION MUNDIAL

Concluyendo la investigación sobre la evolución de la sociedad, encontramos que mucho después de haberse presentado la división del trabajo entre las diferentes clases de obreros, todavía no existe diferencia entre las partes alejadas de la comunidad; la nación continúa bastante homogénea en cuanto las mismas ocupaciones son desempeñadas en cada distrito. Pero cuando se construyen buenos y numerosos caminos, los diferentes distritos asumen automáticamente funciones diferentes; la minería resulta la única ocupación de los habitantes de zonas mineralizadas; la industria se establece en otra localidad; la pesquería será función exclusiva de quienes viven próximos al mar; y así sucesivamente, hasta que cada sector se distinguirá del resto por su propia ocupación. Aún más, esta subdivisión de funciones se extiende con el tiempo a las diversas naciones del mundo y así vemos países productores de materias primas, otros agrícolas, ganaderos o industriales, etc. De manera que comenzando con la tribu bárbara, casi o totalmente homogénea en las funciones de sus miembros, el *progreso* va procurando la agregación económica de todas las naciones y razas humanas, cada vez más heterogénea con respecto a las funciones propias de las naciones, las funciones propias de los sectores locales de cada nación, las funciones especializadas de los trabajadores en la producción de cada artículo.

CONCLUSION

El avance de lo simple a lo complejo por un proceso de sucesivas diferenciaciones, como la ley de todo *progreso*, no admite dudas ni contradicciones; lo encontramos en los primeros cambios del universo, en el desenvolvimiento geológico y climatológico de nuestro planeta, en el desarrollo de todas las manifestaciones del pensamiento humano, en las artes y la religión; por último, se presenta en forma concreta en la evolución misma de la humanidad, tanto en su aspecto político como en el sociológico y económico. Del más remoto pasado que la ciencia puede investigar hasta las actualidades de hoy, aquello que constituye la esencia del *progreso* es la constante transformación de lo homogéneo a lo heterogéneo.

Comprobada la ley tenemos que admitir forzosamente que todo intento político o social totalitario o socialista, que tienda a simplificar o monopolizar por el Estado la estructura económica de las instituciones humanas, constituye un regreso a la barbarie de otros tiempos; no son sinceros o son ignorantes quienes preconizan una falsa teoría de igualdad, predicando la destrucción de lo existente, como base de una nueva sociedad simple y homogénea donde todos, o casi todos, serán iguales o igualmente sometidos, y dentro de la cual se encontrará un impracticable progreso económico y una utópica felicidad humana. Al contradecir con sus teorías regresivas la ley fundamental de todo *progreso* sólo pretende llevar a la sociedad a su propio aniquilamiento, haciendo retroceder la civilización a las épocas de las tribus salvajes.

Los pueblos de América sólo necesitan saber organizarse en la libertad y la democracia americanas, para explotar en provecho propio, y de la humanidad, las enormes riquezas de que disponen. Y los hispanoamericanos para responder a la expectativa continental y universal, y a la confianza honrosa de los pueblos y hombres libres, sólo necesitan cumplir tres condiciones que pueden ser una divisa de la vida: trabajar, trabajar y trabajar. . . pero mediante el bien entendido capitalismo, o sistema económico democrático, de la iniciativa individual, la entidad privada y la libre empresa, que han hecho posible este milagro, este gran ensayo magnífico y ejemplar, noble y filantrópico, de esta gran nación, que irradia la libertad al universo y que se ha constituido nada menos que en el "arsenal de la democracia": los Estados Unidos de América. Así se establecerá una fecunda democracia restaurada, solidaria y de contenido progresista, que permitirá en Hispano-América, alcanzar al fin la indispensable estabilidad política, tan necesaria para la estabilidad económica, con las cuales los hispanoamericanos podremos entonces consolidar y disfrutar plenamente, como aquí la misma libertad creadora americana.



VISTA GENERAL DE LOS ASISTENTES AL BAILE



DESFILE EN EL BAILE DE GALA

La Reina avanza por el centro del salón, a los acordes de la Marcha de "Aída," mientras las demás muchachas y literatos se despliegan en torno dispuestos a seguirla.

Foto: Nelson Guillén



EL SOLEMNE VALS DE APERTURA

La Reina de la Poesía abre el Baile con el Presidente del CEPI, y sus Princesas y Embajadoras giran en torno, teniendo como pareja a los literatos ganadores.

Foto: Nelson Guillén

LAS PASIONES EN ALGUNOS DE SUS MULTIPLES ASPECTOS

*De Mercedes Luque
(dominicana)*

En la compleja naturaleza humana existen unidas, de manera indisoluble y permanente, las fuerzas contrarias del bien y del mal. Las luchas pasionales notables por su violencia, están compuestas de estos dos elementos; de este fuerte contraste. Imposible se haría separar los vicios de las virtudes. No podría prescindirse del mal dejando sólo el bien. Existirá en tanto haya palpación de vida la estrecha relación entre ambos.

Se hace inconcebible una sociedad dividida en dos categorías de hombres. Los unos, perversos hasta la execración; los otros, magnánimos hasta la excelcitud. De ser así, constituido el mundo, tornárase desierto. La fuerza del mal habría aniquilado la débil resistencia del bien quedando triunfadora. ¿Y contra quién combatiría después? No podría subsistir un estado de cosas en que todas las sendas convergieran al mal. Ambas fuerzas son igualmente imprescindibles; una es el sostén de la otra; el contrapeso que previene sus excesos. Tanto perjudica la maldad total como la bondad absoluta. Pero por fuerza del contraste se compensan. Una sombra de pecado en la diafanidad del asceta lo hace más humano. Una partícula de bien en el corazón del malvado lo hace menos abyecto. Ambos elementos por ser propiedad del espíritu humano, están íntimamente ligados en la estructura moral de cada hombre.

Este razonamiento, en apariencia de una ética endeble, se robustece si colocamos el problema en el terreno del análisis. Nace el hombre; y ya lleva en sí en forma embrionaria los instintos. Son éstos en su forma animal, el imperativo biológico que impulsa a la criatura a la inmediata satisfacción de sus naturales apetitos. El medio social en que se desenvuelve la vida individual, contribuye poderosamente al freno o desenfreno de esos imperiosos y naturales impulsos. El ejemplo, es factor decisivo en la formación del carácter y en la orientación de la conciencia. El sentido de imitación es instintivo; se opera de manera gradual e inconsciente. Se copian los modales, las acciones, el lenguaje de los otros; se plasma lenta-

mente en el espíritu la forma de vida que rodea. El reflejo del ambiente ejerce tal influencia, se proyecta con tal fuerza en las costumbres, que el gesto ajeno se convierte insensiblemente en gesto propio.

Algunos biólogos, entre ellos Lamarck, atribuyen el modo de ser individual al ancestro; agente transmisor del carácter, y de las normalidades o anormalidades de los antecesores. La Genética, una de las subdivisiones de la Biología, da teóricamente confirmación a esa ley de semejanza como producto de la herencia.

Pero no así en la práctica. La reproducción de los caracteres maternos, paternos o ancestrales en los descendientes, no ha podido ser comprobada de manera efectiva en el campo de la experimentación. La investigación científica ha fallado en múltiples casos. Tomado como objeto de ensayo un ser en principio de formación moral; aislado de la perniciosa influencia de los progenitores y del ambiente malsano en que le cupo nacer, ha respondido en forma opuesta al propósito del estudio experimental de los fenómenos atávicos. Los factores genéticos, o hereditarios, no han intervenido en el carácter ni en la conducta del ser cultivado con esmero dentro de un marco sano y constructivo.

Esta teoría de la transmisión de caracteres a través de los progenitores por lo sugerente, merece ser considerada. De no entrar en el terreno de la hipótesis, hay razón de pensar que la especie humana tendría muy poca evolución. En cada familia, las generaciones se irían sucediendo sin notables cambios. Serían casi las mismas características, el mismo patrón con ligeras modificaciones. Los principios normativos de cada tronco secular se irían repitiendo con pequeñísimas variantes a través de las edades. Sería como una marca de familia estampada en una interminable sucesión de vidas...

Ha dicho Haeckel, que en la genealogía de un homicida se encuentra otro homicida. Esto de ser así, alteraría la estructura social y jurídica. Sería forzoso reformar el Código Penal; ya que habría necesidad de absolver un poco al hombre de culpa; eximirlo en parte de responsabilidad. No podrían ser juzgadas sus acciones de ser reprobables con la severidad que dicta la ley y la conciencia social. Tendría que atenuarse el rigor del veredicto por caberles a los antecesores una parte de culpa en la torcida actuación.

No cabe dudar, que así como en lo físico, se advierte a veces semejanza entre miembros de una familia en el orden moral. Ciertas características

de un individuo se manifiestan en ocasiones en un sucesor. Pero esto puede ser coincidencia, o captación de esas modalidades por espíritu de imitación—hábitos adquiridos por reflejo— no precisamente la reproducción de esas peculiaridades.

El carácter, a nuestro juicio, no se transmite como los agentes patógenos. Es una propiedad particular: un atributo de cada ser pensante. Es la índole personal, la modalidad propia. En el principio de su formación, es dúctil, se adapta a todo molde. Lo que rodea la vida cuando se despierta la conciencia, lo que prevalece en la esfera de acción en que se está colocado, es que lo modela, que le imprime definitivamente forma.

El hombre inculto de la era presente es tan salvaje en ocasiones como lo fué el primitivo. La evolución del mundo, el devenir de los tiempos, no ha modificado sus instintos ni sus bárbaras reacciones. Las latentes manifestaciones naturales son hoy tan impetuosas como en la época prehistórica. El sereno juicio para dirigir la conducta, y la rectitud de conciencia, son patrimonio exclusivo de los que han tenido por guía la luz orientadora de los conocimientos y de los grandes ejemplos. El hombre al natural, envuelto en su tosca corteza, puede ser tan bestial y sanguinario cuando se desatan sus pasiones, como el cavernícola cuya única ley era el instinto.

De ahí, que el hombre sea un producto del medio social; el resultado de su forma de cultivo. Si el ambiente es nocivo, se irán acumulando los defectos y los vicios dejando estrecho espacio a las virtudes. Es el fruto de una sociedad malsana, la deformada configuración moral plasmada en un medio social corrosivo, la carcoma indestructible de las miserias circundantes. Si es propicio, un sereno sentido de comprensión advertirá el peligro personal o social que representa el mal imprimiendo a la vida la norma de una moral saludable. Es el benéfico influjo de las provechosas enseñanzas y de las excelencias ambientales; el armonioso ritmo de un funcionamiento moral que tiende a elevarse en progresiva ascensión hasta el más alto grado de su perfeccionamiento.

Se dan casos, no obstante, de que en un medio dañado surja un espíritu recto; o en uno escogido uno corrupto. Esto constituye la excepción. Más aún así, en esa buena o mala inclinación, se advertirán vestigios de los principios que rigieron la vida.

Pero en el fondo, tanto de la extraviada como de la recta conciencia, sea cual fuere la dirección que trace la inferioridad o la superioridad individual, existirán mezcladas aunque en desigual proporción, las fuerzas

contrarias del bien y del mal; predominando aquellas que estén más en directa relación con el grado de moral que la influencia del medio social haya impreso al individuo.

Eso es el hombre: amalgama de bien y mal; de vicios y virtudes. No de otro modo que por la educación y por un gran dominio de sí mismo, puede combatir la parte de maldad y de animalidad propia de su salvaje naturaleza.

LA VOLUNTAD

Es evidente, que aún los seres de firme carácter, de gran resistencia moral, aún aquellos disciplinados en el dominio de su yo emocional, están sujetos a la influencia fatal de las pasiones.

Goza y padece el hombre al influjo de opuestos sentimientos; mas si bien las pasiones que lo agitan dejan a veces por intensas, dolorosa y hasta indeleble huella en su espíritu, no podría por eximirse de ese dolor excluir las de su vida, por ser inherentes a su propia naturaleza.

De ser posible suprimirlas, quedaría como materia inerte; un ser sin alma, sin vibraciones, carente por completo de interés. Sólo las sensaciones que lo sacuden comunican a su vida la fuerza emocional que la sostiene.

Entre los filósofos franceses se destaca Rousseau, como paladín de la teoría de que en el freno total de las pasiones se encuentra la verdadera paz espiritual. Y exhorta al hombre a "destruir con la fuerza soberana del cerebro la debilidad del corazón". Esta tesis inconcebible en tan alta mentalidad, se presta a ser combatida con ardor.

El refrenamiento total de las pasiones, sería el triunfo de la razón sobre el sentimiento. ¿Y cuándo se ha visto que sea la conciencia reflexiva la que dicte los impulsos y le marque su ritmo al corazón? No es la razón con su serena lógica la que hace al hombre fuerte; la que le sirve de salvaguardia en su momento agudo de crisis pasional. Porque en tal hora, ella también flaquea, se doblega vacilante, sacudida por el violento embate de ese mismo estado emocional. Son, precisamente, las pasiones; los impulsos naturales, los estremecimientos íntimos, el sacudimiento brutal de los sentidos, los que al combatirlo, ponen a prueba su resistencia y le dan la medida de su fuerza moral.

Podría objetarse de no ahondar en este problema psicológico, que esa fuerza moral que sirve de dique al desbordamiento de las emociones, no existiría de no estar auxiliada por la razón...



GRUPO DE MUCHACHAS QUE ABRIERON EL BAILE

Juanita Zabala, Embajadora del Centro Vasco-Americano; Judith Rachó, Embajadora del Centro Yucateco; Lydia de Harris, del Comité de Festejos del CEPI; Princesa Nilsa Iris Alonso, de la Sociedad Cívica-Cultural del Bronx; S.M. Sylvia I Delgado, Reina de la Poesía; Princesa Lilia Ana Baena, de la Fraternidad Sigma Phi Epsilon del M.I.T. de Boston; Elba M. García, Embajadora del Instituto de Puerto Rico; y Alicia del Valle, del Puerto Rican Social Club de Brooklyn.

Foto: César González



GRUPO DE LITERATOS QUE ABRIERON EL BAILE

Sulpicio Antonio Reyes, Alberto Sayán de Vidaurre, Beatriz Arango-Vélez, Pedro Carrasquillo, J. Texier de Unda, S.M. Sylvia I Delgado, Reina de la Poesía; Jesús de Galíndez, Presidente del CEPI; Antonio Max Batista, Alvaro Naranjo, Juan Avilés, y Clemente Soto Vélez.

Foto: César González

No en todos los casos triunfa ésta de las pasiones. La represión de los impulsos si bien la dicta la razón, no siempre la secunda la voluntad. Esta fuerza natural e impetuosa aunque parezca absurdo, tiene gobierno propio dentro de la jurisdicción razonadora. Es potencia independiente y antagónica cuando el cerebro traza una dirección que el corazón o los sentidos se niegan a seguir. La voluntad es la determinación de ciertos actos en el libre ejercicio de dicha facultad. Puede ser impulso salvador o arrebatado fatal; pero siempre movimiento espontáneo.

La voluntad y la razón viven en pugna. Si la fuerza disciplinada de la razón dominara la indómita fuerza de la voluntad, si ésta fuera sumisa a su mandato, si no desoyera su voz, el mal no existiría. Sería un maravilloso mundo de suprema perfección. Porque la razón es la facultad por medio de la cual pesa y juzga el hombre sus acciones, por ser el mandato de la conciencia, la severa voz interior que condena o absuelve, el espíritu de rectitud emanado del propio ser imponiendo sus reglas inflexibles.

Pero no en todo tiempo puede brindar su luz orientadora. Su clara lucidez se opaca de no iluminarla el resplandor de la serenidad. No bien las turbulencias del vivir la agitan, hunde al hombre irremisiblemente en la confusión y el extravío.

Si ahogamos el eco de nuestras vibraciones interiores, si dominamos nuestras emociones cuando el decoro impide su expansión, si logramos contener el ímpetu avasallador de los instintos, no es por el firme equilibrio de la razón, en tal momento ofuscada, carente por tanto de fuerza represiva, de sentido directriz. Es por el dictamen de una poderosa voluntad que acude en auxilio de la dignidad maltrecha, tambaleante, a punto de perecer en el fragor de las humanas tempestades...

LOS CELOS

De todas las pasiones que agitan al hombre, son los celos la más violenta y punzadora por ser la que más duramente castiga su egoísmo. Al empuje formidable de este sentimiento vacila en su base su arrogancia; se estremece en sus cimientos el pedestal de su orgullo.

En sentido opuesto con la vanidad que hincha al individuo al grado de colocarlo en el íntimo concepto a un nivel superior al de los demás mortales, los celos excluyen la fe en los propios méritos; imponiendo como consecuencia en el ánimo de quien los padece, el doloroso sentimiento de su insignificancia.



MIEMBROS DE LA DIRECTIVA DEL C.E.P.I. EN 1954—Sentados: Alvaro Naranjo, Secretario de Actas; Poliana Collazo, Vice-Presidenta; Jesús de Galindez, Presidente; Mercedes Luque, Secretario General; Antonio de la Puente, Vocal. De pie: Rafael Hernández, Tesorero; Felipe N. Arana, Vocal.

Foto: Frank López

Este sentimiento de inferioridad es relativo. Sólo se experimenta en relación a otra personal: el rival. Por curiosa anomalía hecha de contrasentidos, la mente afiebrada del celoso lo adorna de todas las perfecciones. En su inquina, se despoja de sus atributos personales para circundar con ellos la odiada figura del vencedor. Se siente pigmeo a fuerza de agigantarlo; se deforma físicamente para otorgarle los más fuertes poderes de seducción.

Es tal la violencia de esta pasión, que desencadena a su paso otras inúmeras pasiones. La cólera, el odio, la envidia, son las primeras en despertarse tumultuosas a su influjo levantando en el alma horrorosas tempestades. El amor propio lastimado se revuelve en su dolor y su impotencia; el despecho aconseja la renunciación a la prudencia; el encono impide vigilar con severidad el desconcierto de las acciones; y el ofuscamiento cegando la razón, influye fatalmente en el ánimo atormentado induciéndole en muy frecuentes casos a violencias inauditas y de todo punto irremediables.

Esta pasión borrascosa, de sacudidas, de acontecimientos, es la más desenfrenada de cuantas alberga el corazón humano por ser fuerza inconsciente de la naturaleza. Fuerza impetuosa, fuerza avasalladora del instinto, en lucha abierta contra todo cuanto represente peligro o agresión.

No obstante lo funesto de este sentimiento, si lo analizamos serenamente vemos, que de todas las bajas pasiones es el menos vil. Lo despoja de vileza el hecho de operarse sin la influencia de la voluntad. No es esa pasión que se fomenta. Estar celoso no es culpa; nadie quiere estarlo, se daría la vida por arrancarse ese aguijón. Mas, de existir base real en que fundarlos, la conducta es legítima. Es el justo rencor del que habiéndose creído preferido se ve luego postergado; el gesto de dolor y de cólera del que se suponía poseeder de un bien que otro le usurpa; el derecho natural de defensa de todo ser creado contra la acechanza del que codicia o llega al logro de lo que le pertenece.

De ahí, que la persona celosa en vez de menosprecio inspire compasión. Es en verdad muy digna de ella; más aún, cuando los celos tienen por escenario el hogar conyugal; cuando desgarran a la vez que el corazón la dignidad.

En el período inicial entre la fe y la desconfianza, la presunta víctima esconde cuanto puede la herida hecha a su orgullo por no dejar a des-

cubierto su vergüenza. El triunfo del rival es al precio de la humillación del suplantado. Proclamar la perfidia sin certeza, sería a la vez que indigno bochornoso.

Es por eso que en los comienzos de esa dolorosa lucha moral oculta el posible ofendido la lastimadura de su amor propio; se esfuerza en que no se trasluzcan sus sospechas; rumiando su rabia y ahogando la injuria a junto de brotar. Entonces sufre una penosa transformación. De confiado y sencillo se torna receloso y suspicaz. Constreñido a guardar las apariencias, llega al hábito del fingimiento. Oculto entre las sombras vigila los pasos, estudia los gestos, pesa las palabras, ávido del esclarecimiento de los hechos.

En este deplorable estado mental, el corazón se cierra a la fe, al amor, a la confianza, la vida se suspende; el universo queda reducido a la investigación de una verdad.

Se dan casos durante este período de incertidumbre, en que por no perder definitivamente debido a irreflexiva precipitación el ser por quien se sufre y que aún se estima, o por no hallarse ampliamente justificada por la demostración palpable de los hechos la dura expresión acusadora, se acallan los escrúpulos, se amordaza la dignidad, se da tregua a la duda, tomando entonces a los ojos del mundo la actitud del herido por la deslealtad, todas las apariencias de una innoble y complaciente tolerancia con la falta . . .

Regularmente se opina, sin previa observación del caso, que son los celos un producto temperamental. Hay razones que oponer a la veracidad de este aserto. No se es celoso por carácter sino por circunstancias. Son los celos, el resultado de una especial condición de ánimo originada por una causa que tuerce accidentalmente el curso de una vida, la consecuencia fatal de un estado de cosas que determina por un período la alteración de un reposo individual.

Los celos son simplemente un efecto: la causa es el amor. Sin el uno no existirían los otros. Cuando el amor muere los celos se extinguen. Aquél, que en ceguera de pasión llegaría al crimen ante la evidencia de su amor burlado, quedaría totalmente indiferente de producirse el hecho ya muerto el interés que lo guiaba.

Del resultado de estas observaciones se desprende, que no son los celos un producto directo del carácter, sino el consecuente efecto de una causa que por razón de su índole lo altera.

LAS PASIONES

En la levadura de las malas pasiones hay fermentos de bien. Probemos a extraer la parte útil.

La vanidad en principio, es ansia irrefrenable de sobresalir. Ese empeño por destacarse, ese afán de elogio, de general admiración, puede crear el necesario estímulo que conduzca al logro del mejoramiento individual. La envidia, la más baja de todas las pasiones, mirada desde un aspecto, puede así mismo servir de algún provecho. Este insano sentimiento nace del contraste entre la inferioridad propia y el engrandecimiento ajeno. Es dolor de imperfección, dolor de impotencia, para llegar a la nivelación y hasta a la superación de aquél a quien se rinde el odio como una consagración a su mérito. Ese afán de mejoramiento, de romper las barreras del anonimato para brillar con luz propia, puede convertirse en noble emulación que haga triunfar de la apatía el carácter, despertando las latentes aptitudes que habrán de dar relieve a la personalidad. La ambición desmedida, sórdida y calculista, es antro tenebroso donde se hunde la dignidad y la conciencia. Puede llevar al despojo, al soborno, al atropello, a toda acción punible en la consecución de un fin material. Mas, en su justo límite, es pasión laudable; impulsa a la acción y al acometimiento de empresas provechosas. La economía extrema, es ya avaricia. Convierte en mendigo al que atesora; en mísero usurero de sí mismo, del propio caudal, privándole del disfrute de la vida. Es de otro modo, fuente de bienestar y de sosiego. La cólera, repugnante cuando se hace inhumana, es magnífica en otros aspectos. Hay iras santas, rebeldías sublimes, que conmueven e inclinan al respeto. El odio es vil; mas se hace justo cuando lo inspira una causa noble. La mentira, baja y mezquina desorganiza y destruye el carácter. No obstante, tiene muy grandes usos. Sin ella no podría existir el concierto armónico del mundo. El Código Social nos manda mentir. El nos dice: "Cuidad siempre de velar vuestras íntimas impresiones si éstas pueden herir la sensibilidad de quien os la produce". Lo que en otras palabras significa: Haced uso de la mentira cada vez que la verdad lastime . . .

La urbanidad proclama el eufemismo como dogma. El imperio de la mentira tiene innumerables vasallos. ¡Todos gentes de fina educación! El uso de la mentira está en razón directa con la cultura; cuanto más refinado es el hombre, mayor uso hace de ella. Y es fuerza que así sea. De no emplearse la disimulación, de no existir las mentiras convencionales —mentira disfrazada de verdad—, si dijésemos todo lo que sentimos, todo lo que

pensamos, si confesásemos a nuestros semejantes las opiniones que nos merecen, los sentimientos que nos inspiran, sean éstos cuales fueren, ¿no sería tal conducta a la vez que censurable impiadosa y aflictiva? Es entonces cuando la verdad cede su puesto a la mentira, que lo ocupa dignamente, aureolada con su divino manto de misericordia . . .

¿Pero es que acaso si observamos el problema en forma inversa no encontramos lo mismo? Todos los sentimientos llevados al extremo perjudican de igual modo. Las buenas pasiones, grandes por sus altas virtudes, nobles por sintetizar la parte pura y generosa del corazón humano, llevadas al máximum de su fuerza intensiva ¿no hacen víctimas también como las otras? El amor, el más noble de todos los sentimientos, cuando se convierte en pasión devastadora, ¿no salta por encima del más grande obstáculo arrollándolo todo en su violencia? La bondad de ser excesiva ¿no haría de quien la practicase un ser sin voluntad sometido a todas las influencias y descendiendo a todas las tolerancias? La caridad, la noble práctica del bien, dispensada sin tasa ¿no llevaría en breve al filántropo a implorarla? El valor, llevado a la temeridad ¿no pondría a cada paso en peligro de muerte al arrojado?

Vemos, pues, en síntesis, que si bien las pasiones se dividen en dos categorías por razón de sus opuestas naturalezas, en sus manifestaciones excesivas adquieren valores igualmente negativos.

Pero ya que no pueden suprimirse sin suprimir la vida, hay que limar su rudeza, despojarlas de su agresividad, en una palabra: *humanizarlas*. Ya que son elementos necesarios a la vida del hombre, que lo conmuevan, que lo hagan vibrar, brindándole interés y emoción a su existencia. ¡Pero no sometiéndole a su influjo! Por el contrario; dominadas por él, doblegada su fuerza brutal por el firme poder de su inteligencia y de su voluntad.

DATOS SOBRE EL GRAN BAILE DE GALA

Las fiestas de los Juegos Florales se cerraron brillantemente en la noche del sábado 20 de noviembre, con un Gran Baile de Gala ofrecido por el CEPI en homenaje a la Reina de la Poesía, las muchachas de su Corte del Amor, y los literatos galardonados. Tuvo lugar en el Hotel Edison, con extraordinaria concurrencia.

Nuevamente la Alcaldía de Nueva York estuvo representada en la persona de la Sra. Emma Rothblatt, Sub-Comisionada a.i. de Protocolo. Asistieron también los Presidentes de varias Sociedades y Clubs hispanos de Nueva York.

A las 11 de la noche tuvo lugar el desfile oficial de la Reina, sus Princesas y Embajadoras, a los acordes de la marcha de "Aida". Seguidamente la Reina de la Poesía, S. M. Sylvia I Delgado, y el Presidente del CEPI, Prof. Jesús de Galíndez, abrieron el Baile con un vals clásico, al que sucesivamente se fueron uniendo las demás muchachas y literatos en círculo de sin igual belleza.

En el sorteo entre los votantes a favor de las distintas candidatas resultaron premiados: con un Bono del Estado de 50 dólares el boleto No. 11450, depositado en favor de Lilia A. Baena por su hermano Eugenio, y con un Bono del Estado de 25 dólares el boleto No. 2417, depositado en favor de Sylvia Delgado por Miss Norma Mondello.

El Baile se prolongó hasta las 3 de la madrugada. Lo amenizaron las Orquestas de Esteban Roig y Tropical Knights. Fué un verdadero acontecimiento social en la colonia hispana de Nueva York.

COMISION ORGANIZADORA DE LOS I JUEGOS FLORALES DE

NUEVA YORK, COLABORADORES Y DONANTES

Presidente de la Comisión y del CEPI:

Prof. Jesús de Galíndez.

Otros miembros de la Directiva del CEPI en 1954:

Vice-Presidente: Poliana Collazo.

Secretaria Ejecutiva: Mercedes Luque.

Subsecretaria: Carmen Puigdollers.

Secretario de Actas: Lic. Alvaro Naranjo.

Secretario de Publicidad: Antonio Max Batista.

Tesorero: Rafael Hernández.

Vocales: Lic. Carlos E. Reynoso.

Antonio de la Puente.

Felipe N. Arana.

Dr. Gabriel Alvarez.

Anteriores Presidentes del CEPI:

César Gilberto Torres, 1950.

Juan Avilés, 1951-52.

Angel M. Arroyo, 1953.

Carlos E. Reynoso, 1954 (enero-mayo).

Personas que colaboraron en el Comité de Protocolo y Festejos:

Georgette Aguilar.

Beatriz Arango-Vélez.

Angel M. Arroyo

Juan Avilés.

Onix Báez.

Rafael Bartolomei

Manuel Cabranes.

Pedro Carrasquillo.

Luis Cámara.

Héctor Cisneros.

Puerto Rican Social Club de Brooklyn.
Rondalla de Casa Galicia.
Sociedad Cívico-Cultural del Bronx.
United Press.
Vida Hispana.

Entidades y personas que contribuyeron donativos:

Sociedades y muchachas que compitieron para el Reinado:

Club España (con el respaldo de La Nacional, y familia Barros).
Conchita Barros.
C.E.P.I. (con el respaldo del Puerto Rican Social Club de Brooklyn, Club Coronet, y familia Delgado).
Sylvia Delgado.
Sociedad Cívico-Cultural del Bronx (con el respaldo de varias entidades y personas del Bronx).
Nilsa Iris Alonso.
Fraternidad Sigma Phi Epsilon del M.I.T., Boston.
(Con el respaldo de la familia Baena).
Lilia Ana Baena.

Sociedades y personas que donaron medallas de oro:

Instituto de Puerto Rico.
Publicistas y Traductores Hispanoamericanos.
Sociedad Cívico-Cultural del Bronx.
Serafín Carrasquillo.

Otros donantes colectivos o individuales:

Asociación de Enfermeras Prácticas de Puerto Rico.
George A. Boyd.
Pedro Caballero.
Manuel Cabranes
Joaquín Carranza.
Rafael Charbonnier.
Cónsul General de Colombia a.i., S. E. Paulino Montes de Oca.
Cónsul General de Costa Rica, S. E. José F. Carballo.
Delegado Permanente de Costa Rica ante las Naciones Unidas,
S. E. Rev. Benjamín Núñez.
Phanor J. Eder.

Sonia Ellis.
Jesús de Galíndez.
Mario González Storer.
Maruja González Villegas, Montevideo.
David E. Grant.
Lydia Harris.
Albert M. Herrmann.
Archer M. Huntington.
Gonzalo Jusino.
Luiz Gonzaga Ladeira.
Carmen Lara Fernández.
Luis Méndez.
Sara Miller de Wolf.
Ricardo A. Miranda.
Alvaro Naranjo.
José Nieto Bertran.
Francisco Ponte.
José Rivera Pérez.
Hon. Felipe N. Torres.
Unión de Mujeres Americanas.
Amado Vélez.
Rev. Gustavo E. Vivas.

Este libro se terminó de imprimir el día 15 de enero de 1955, en los talleres Swifton Printing Service, 459 West 42nd Street, New York City.

La dirección tipográfica y artística corrió a cargo del Sr. Gustavo R. Gil, socio del CEPI.

